FELIPE SASSONE

LA SEÑORITA ESTÁ LOCA

COMEDIA

en tres actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1918

LA SEÑORITA ESTA LOCA

LA SEÑORITA ESTA LOCA

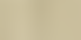
COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

FELIPE SASSONE

Estrenada en el TEATRO ESLAVA de Madrid, la noche del 24 de octubre de 1918



MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.
TELÉFONO, NÚMERO 551
1918

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
VICTORIA	Catalina Bárcena.
DOÑA TERESA	Ana M. Quijada.
DOÑA CONCEPCIÓN	Eugenia Illescas.
SAGRARIO	Herminia Peñaranda.
LUISITA	Joaquina Almarche.
JUANA	Josefina Infiesta.
FELIPE, EL NÁUFRAGO	Ricardo Simó-Raso.
CARLOS	Francisco Hernández.
DON ROBERTO RUIZ MEGUER	Fernando Aguirre.
DON ANTONIO	Ricardo de la Vega
EL DOCTOR RUILOVA	Manuel Collado.
CARLITOS	Niño Espinosa.

Puro — muñecos — Periódicos —

ACTO PRIMERO

Una sala muy elegante. Puerta al foro. A la derecha, un mueble. En el centro de la escena una mesa. A la derecha, segundo término, balcón a la calle. En primer término, tertulia, sofá y sillas. A la izquierda dos puertas laterales. Entre las dos, una chimenea con un sillón delante. En el reloj, que está encima de la chimenea, faltan unos minutos para la una del día. Es un otoño, a fines, en Madrid.

ESCENA PRIMERA

Por la puerta del foro aparece, fumando un cigarro puro y desdoblando «El Liberal», DON ANTONIO, que se dirige a sentarse donde quiere, y en este momento sale de la primera lateral izquierda JUANA con tres muñecos ingleses, dos hombres y una mujer, que lleva a colocar sobre el mueble de la derecha. A poco, DOÑA TERESA, DOÑA SAGRARIO, CONCEPCION y LUISITA. Las tres de negro, y con mantilla, por el foro

ANT. Hola, Juana, ¿dónde vas?

JUANA Aquí, señor, con los niños.

ANT. ¿Con los niños?

JUANA Sí, señor; los hijos de la señorita...

ANT. Es verdad, nunca me acuerdo. ¡Mayor extravagancia!

JUANA La señorita Victoria es así. (Lleva los muñecos al mueble de la derecha.)

ANT. Está medio guillada, ¿eh?

JUANA No, señor, señorito; está en sus cabales; pero es así. Males de la soltería, señor.

ANT. ¿De la soltería?

JUANA Dice que Periquito, Juan y Manuela, que es como llama a los muñecos, son sus hijos. ¡El señor verá!... Esta mañana me mandó que los trajera al salón porque les daba el sol en su cuarto. Temería que pudieran coger un tabardillo lo menos. ¡Qué señorita!

ANT. ¡Vaya por Dios! Lo que me extraña es que no los haya traído ella misma; como no quiere que se los toquen...

JUANA Salió tan de prisa esta mañana.

ANT. ¡Ah, ya! Fué a la iglesia a los funerales del tío abuelo...

JUANA No, señor; la señorita salió muy temprano, en traje de montar...

ANT. ¿En traje de montar? ¡Cómo! ¿No ha ido a la iglesia Victoria?

TER. (Que al aparecer con las demás en el foro oye las últimas palabras.) No, no ha ido; de eso veníamos hablando. (Entrega a la Criada la mantilla, que se quita, y Juana hace mutis por la segunda lateral, y vuelve luego a salir y hace mutis por el foro izquierda.)

SAG. Y no se ha hablado de otra cosa en la iglesia. ¿Cómo estás, Antonio?

ANT. Aquí andamos...

CONC. Buenos días...

LUI. Buenos días, tiito. (Se sientan todos en la tertulia de la derecha.)

CONC. De Victoria veníamos hablando con Teresa...

SAG. Es una falta de consideración a la familia lo que ha hecho...

ANT. Yo...

CONC. (Que como todas las mujeres, menos doña Teresa, habla muy de prisa.) Tú, se explica que no hayas ido; tienes disculpa, tus ocupaciones en el Tribunal por la mañana... Pero ella...

SAG. (Inmediatamente.) Ella no tenía razón para no asistir a las misas...

CONC. No se trataba de un cualquiera, sino de nuestro tío, de su tío abuelo...

LUI. ¡El pobre tío abuelo que nos quería tanto!

SAG. Diez años hace que murió y parece que fué ayer. ¡Dios le tenga en su santa gloria! (Se persigna, y doña Concepción y Luisita la imitan.)

CONC. Y que tan tío abuelo es de la señorita loca como de esta, (Por Luisita.) aunque ella no le haya conocido.

TER. Es la razón que ella dará.

Sag. Mala razón, Teresa.

Conc. Muy mala...

Lui. Razón que no es razón, la verdad.

Conc. Y que tú no debías admitir.

Sag. Ni tolerar, Antonio.

Ant. Pero...

Sag. Ni tolerar...

Ant. Comprenderéis, queridas primas, que yo no soy su padre para atarla..

Sag. Felizmente para ti.

Ter. No digas eso, mujer.

Conc. Dice muy bien. Victoria es una descastada.

Ter. ¿Pero qué estais diciendo? Victoria es muy sensible y hubiera ido a la iglesia, ¿por qué no había de ir? Pero probablemente ni se acordó de que hoy eran los funerales.

Conc. Sí, eso dirá ella; pero lo ha hecho a propósito, por singularizarse, por el afán de la originalidad...

Sag. Como se llama a sí misma la hija del mar y no quiere a nadie...

Conc. Sí, sí, es muy poética la señorita Victoria, muy novelesca... la señorita loca...

Ter. No me negaréis, queridas primas, que algo de novelesco hay en su vida. Salvarse como ella se salvó de un naufragio...

Conc. En brazos de tu hermano Felipe...

Sag. El borrachón de Felipe... Don Felipe el náufrago, como le dicen...

Conc. Dios los cría y ellos se juntan.

Ter. Dios los salvó a los dos, para algo bueno habrá sido...

Conc. Para algo bueno, sí, ya lo estamos viendo; para que ella no quiera a nadie desde que el mar se tragó a sus padres: el pobre Ricardo, tan bueno, y Salud, que era un ángel. La verdad es que yo no sé a quién ha salido tan mala esa chica. ¡Más egoísta!

Sag. Sí, sí, lo es, y no quiere a nadie; dice muy bien Concha, a nadie. Ni a vosotros que la recogísteis cuando el sinvergüenza de Felipe la trajo a esta casa...

Ter. Por favor; ten en cuenta que Felipe es mi hermano.

Conc. Todo lo hermano que quieras, y primo nuestro; pero es un sinvergüenza. ¿Por qué no se quedó con la chica, puesto que se habían salvado juntos del naufragio?

TER. Eso te probará que no es tan sinvergüenza como dices. Victoria perdió a sus padres en el mar, pero no perdió la fortuna, el millón de pesetas que mi pobre hermano Ricardo amasó con tantos sudores para ella. Mi hermano Felipe, que se salvó con ella, en el único bote que logró ganar la playa, pudo erigirse en su tutor, como era lógico, administrar su fortuna, hasta lucrarse... Ya véis. Consideró en cambio que era un solterón empedernido y que en su casa no iba a estar bien la chica, y nos la trajo...

SAG. Pudo dármela a mí, que también soy soltera y vivo sola...

CONC. O a mí...

TER. ¡Ah, y eso es lo que os enfada?

CONC. ¡Nos ofendes, prima Teresa!

LUI. ¡Tía!

SAG. ¡Nos ofendes, prima!

(Las tres a un tiempo.)

ANT. Vamos, vamos, que siempre habéis de estar peleando.

SAG. Es que lo de Victoria de hoy es una ofensa a toda la familia.

CONC. Y a vosotros también, por consiguiente.

ANT. Pero a nosotros no nos importa, ni se lo tomamos en cuenta...

SAG. Pues hacéis mal...

ANT. Yo quiero un poco de paz en mi casa. Harta desgracia tengo con no tener hijos. Carlos, el hijo de ésta, el poeta, soñador al fin, se fué de la noche a la mañana. Ya sabéis que yo le quería como a un hijo, le encontré tan chiquitito...

SAG. Otro descastado...

LUI. ¡Ay, tía!

TER. ¡Mujer, por Dios, que es mi hijo!

CONC. Y... ¿no habéis sabido nada de él?

TER. Hace más de medio año...

ANT. Al principio escribía, y hasta mandaba dinero...

CONC. ¡Dinero! A vosotros no os hace falta; la renta de Victoria...

TER. (Digna, con cierto enojo.) La renta de Victoria... es de Victoria.

LUI. (Tirando del vestido a Concepción.) Cállate, mamá.

SAG. Pero, ¿sigue en Nueva York?

ANT. Eso creemos. En Nueva York estaba fecha-

da su última carta apenas enviudó. Hará unos seis meses.

TER. ¡Y ya no ha vuelto a escribir! ¡Qué hijo! ¡Tengo una pena por él!...

ANT. Bueno, bueno, hablemos de otra cosa. (*A Luisita.*) Tú, chiquilla, ¿qué me cuentas? ¿Cómo van esos amores? ¿Qué dice el perillán de Augusto?

CONC. El perillán de Augusto es... eso, un perillán, un granuja...

LUI. Hemos reñido.

ANT. ¿Sí?

TER. ¿Qué es lo que oigo? ¿Tan entusiasmados como estábais?

LUI. ¡Cosas de la vida!

SAG. (*Aparte a Teresa.*) Era un miserable. Descubrimos que había engatusado a una pobre camarera y que tenía dos hijos de ella. ¡Y los ha reconocido! ¡¡Un criminal, un sinvergüenza!!

CONC. Ahora, mi Luisita está de novia con don Melquiades Arregui. Un hombre de cierta edad, pero de muy buena posición.

ANT. ¡Hola, hola! Te felicito...

LUI. Gracias, tío. Es un señor muy bueno...

CONC. Y muy limpio y muy caballero. ¡No como el sinvergüenza de Augusto! ¡Claro, como que a éste nos lo presentó tu querido hermano Felipe, el granuja de Felipe...

TER. ¡Concha!

CONC. No, no me callo, perdóname; pero no puedo callarme. Si supieras los escándalos que da Felipe...

SAG. Es el oprobio, el baldón de la familia el primo Felipe; es algo que da grima y pena... Yo ni me atrevo a decir que es pariente mío.

ESCENA II

DICHOS y FELIPE, foro

CONC. ¡Calla! ¡Caramba! (*Viendo aparecer a Felipe.*) ¡Querido Felipe! ¿Cómo estás?

SAG. ¡Felipón!

LUI. ¡Querido tío!

FEL. Buenos días, buenos días. ¡Cuánto bueno por acá!

CONC. Nos íbamos ahora mismo... (Levantándose.)

FEL. ¡Pero cómo!

SAG. Sí; tenemos una junta de damas en la Sociedad Filantrópica El Angel de la Guardia... ¿No es verdad, Concha?

CONC. Sí, nos esperan... Con que Antonio...

ANT. Pero no se vayan ustedes tan pronto...

TER. Ahora que ha llegado Felipe...

FEL. Claro, parece que porque he llegado yo...

CONC. Qué ocurrencia. No faltaba más.

SAG. Tenemos mucho que hacer. Sólo subimos por acompañar a Teresa, ¿verdad? (A Concepción.)

CONC. Como Victoria no fué a la iglesia...

SAG. Nos dió pena ver a Teresa sola en la calle...

FEL. ¡Claro! Como que la calle de Alcalá, a las doce del día, es algo así como el desierto de Sahara...

CONC. ¡Ay qué Felipe, siempre tan ocurrente!...

LUI. Tan simpático...

SAG. Cree que nos vamos con pena.., Con mucha pena. Vaya, adiós, Antonio. (A Teresa, besos.) Primita... y recuerdos a Victoria...

LUI. (A cada cual.) Adiós, tiíta... adiós, tiíto... adiós, tiíto...

FEL. Adióoos...

CONC. (A Teresa.) No te molestes, no te molestes... Conocemos el camino. Si la junta acaba temprano volveremos esta tarde. Adiós.

ANT. Adiós...

(Mutis foro doña Sagrario, Concepción y Luisita.)

FEL. (Así que las ve marchar.) Me estaban poniendo de oro y azul, ¿eh?

TER. No.

ANT. Sí, tú siempre a contemporizar. (A Felipe,) Ya sabes cómo son...

FEL. ¡Hum!... ¡Ya! Y ahora se van por no oirme... ¡Sí! Pero se equivocan, porque hoy no las iba a decir nada. Hoy vengo bueno... ¡y estoy muy malo!...

ANT. Ya empiezas con tus paradojas...

FEL. No... Vengo bueno... porque no he bebido, y estoy muy malo... porque no bebo.

TER. Si todos tus males son como ese, querido hermano, hay que felicitarte. En cuanto te tomas dos copas te da por decirle una de cosas a la gente...

FEL. Por eso me las tomo precisamente... (Movi-

to de ellos.) Sí, señor. La borrachera es en mí un sacerdocio.

ANT. ¡Hombre, Felipe!...

FEL. Sí, sí, soy un hombre tímido... Para decir la verdad necesito pimplarme... y como la verdad hay que decírsela al prójimo alguna vez, aunque sea por caridad... ¡pues pimplo! ¡Qué le voy a hacer!

TER. ¡Ay, Felipe! Si supieras los odios que te ganas...

FEL. No importa, me sacrifico y sigo libando...

ANT. Y un buen día te ván a dar un disgusto serio...

FEL. ¡Ca! No lo creas. Aquel a quien calumnias, sí puede que se revuelva y te suelte un estacazo... Pero de la verdad huyen todos los que no tienen la conciencia limpia. La verdad da mucho miedo. Ya has visto nuestra familia.

TER. Tú dirás lo que quieras, Felipe; pero lo importante es que no bebas...

FEL. ¡Ah, pero es que no puede ser!... ¡Nada! El médico me ha prohibido el vino... y ya lo véis, hace ocho días que me estoy muriendo... Sí, sí, muriéndome a chorros... ¡Mi palabra de honor! Mira mi palidez... (Se abre los párpados.) ¡Anemia espantosa! (Les enseña la lengua.) ¿Eh?... ¿Eh?...

TER. ¡Ay, Felipe, por Dios!

FEL. Tú sabes que siempre he tenido la preocupación de que me moriría joven,.. y como ya voy dejando de ser joven...

ANT. Siempre has sido muy aprensivo.

FEL. Bueno, pues desde hace dos meses, mucho más. Con esta moda de los letreros luminosos... ¡La locura! En cuanto anochece, ya me tienes dando vueltas por la Puerta del Sol, como una mariposa, leyendo los letreros... ¡No me puedo ir! Unas letras enormes en los tejados, que se apagan y se encienden... ¡Fú... fú! Arsinucleol... ¡Paf!... Poliyodosal... ¡Zas!... Emplastos secos... Cura del reuma... ¡Piperacina del Doctor Graul... ¡Anís del Mono!... ¡Horrible!... Luego en mi cama, durante el sueño... me danzan los letreros una zarabanda de todos los demonios...

TER. ¡Qué Felipe éste!...

FEL. ¡Como lo oyes! Me he comprado todos los específicos anunciados. ¡Cualquiera se resistía! Mirad... (Saca lo que indica de los bolsillos.) Aún me quedan... píldoras... jarabes... papeles sinapismados...

TER. Pero Felipe...

ANT. Pero hombre. (Casi a la vez.)

FEL. Y nada, me sentía muy bien. Se conoce que el vino, ¿sabes?, el alcohol... neutralizaba las medicinas; pero ahora, desde que he dejado de beber... los medicamentos hacen su efecto y ¡me estoy muriendo! ¡Palabra de honor! ¡Tengo dolores flotantes! (Señalándose las piernas, los brazos, los riñones y el cuello.) Me duele aquí... ¡Ay!... Me duele aquí... me duele aquí...

TER. Te habrás caído...

FEL. De cabeza en la melancolía, querida hermana. Tanto, que anteanoche me decidí a beber...

ANT. Ya tardabas...

FEL. ¡Ah! Pero no pude. ¡Como tengo este miedo á la muerte!... Fuí a una fiesta con unos amigos...

TER. Los de Romero...

FEL. No... unos amiguitos sin apellido conocido, es decir, bautizados de nuevo... La Paloma Azul, Curra la Señalá, Juanillo el Pocapena. ¡Tú no los conoces!

TER. ¡Vaya por Dios!

FEL. ¡Había una manzanilla!... ¡Qué color, qué aroma, qué!... ¡En fin, un poema! Pero apenas entré empezó a cantar Juanillo el Pocapena... y me tuve que ir...

TER. Cantaba muy mal...

FEL. ¡Ca!.., ¡Como los ruiseñores! Pero una copla... ¡Ay qué copla más triste!...

ANT. Ya, el cementerio, el verdugo...

FEL. ¡Ca! Peor.

TER. ¿Peor, Felipe?

FEL. Peor, querida hermana. Una copla que decía...

> Esta noche no hay repique,
> que se ha muerto el campanero
> que se llamaba ¡Felipe!

¡Figúrate!... ¡El muerto se llamaba Felipe!... ¡Como yo!... Eché a correr, para no morir-

me en la calle... que ha sido siempre mi preocupación, y... ya sabéis que frente a mi casa está la agencia funeraria. ¿Para qué más? Me fijo, y encima de unos ataúdes, otro letrerito luminoso, como los de la Puerta del Sol. Unión Española Pompas Fúnebres... Cuatro letritas nada más, las iniciales U. E. P. F.... ¡Y lo que yo leí! Uno es para Felipe. .

ANT. ¡Vamos, hombre!

TER. ¡Pero qué tontería! ..

FEL. Nada, nada; que soy un muerto que anda pero de hoy no pasa. Hoy busco en el vino el olvido y la verdad.

ESCENA III

DICHOS y VICTORIA, foro

VIC. (*Viene en traje de amazona, sin sombrero y ligeramente despeinada. Trae la falda rota y con barro y el látigo en la mano. Entra muy alegre y está en escena inquieta y vivaracha.*) Muy buenos días... ¡Caramba, tío Felipe!

ANT. ¡Victoria!

FEL. ¡Chica!

TER. ¡Pero muchacha! ¿Qué es eso? ¿Cómo vienes así?

FEL. ¿Qué te ha pasado?

ANT. ¿Te has caído?

VIC. No; me ha tirado el caballo.

TER ¡Ay Jesús! ¿Te has hecho daño?

VIC. Nada.

TER. ¡Pero qué locura! ¡Qué barbaridad!

ANT. Ya pensaba yo. .

FEL. ¿Pero cómo ha sido?

VIC. Mira, eso te lo podría explicar el caballo; yo no sé... (*Se pasea muy alegre.*)

TER. ¡Ay, hijita! Pero es que no gana uno para sustos contigo...

VIC. Sí, ya sé que me dicen la señorita loca... Pues no tienen razón.

TER ¡Que no tienen razón!...

ANT. ¿Pero tú crees que es posible?

VIC. Posibilísimo, y no comprendo tantos aspavientos.

ANT. ¿Que no comprendes?...

VIC. Claro está que no. Soy la señorita lógica, no la señorita loca... Ni me he metido a caballo en una iglesia, como Raimundo Lulio... ni he vuelto a casa en un monoplano, colándome por el balcón... De manera que...

ANT. ¿Pero qué quieres decir?

TER. No te entiendo.

VIC. Pues muy sencillo: que dados los antecedentes me podían ocurrir tres cosas y las tres naturalísimas... Una, que no me pasara nada; otra, que me cayese... otra, que el caballo se sintiese digno y me tirara, y el caballo se ha sentido digno, y desde ahora... le quiero mucho más... (Se pasea canturreando con gran desenfado.)

Rosas para el cabello negro;
nardos para morder la flor...

TER. (Entre el asombro de todos.) ¡Ay, qué loca, qué loca!

ANT. ¿Y la falda rota, destrozada, con un siete?

TER ¿Y el sombrero?

VIC. Se quedó en un lodazal, hecho papilla; ganancia para la modista y la sombrerera. ¡Tiene que vivir todo el mundo!

FEL. Bueno, ¿y cómo has venido así?

VIC. Sencillamente, en un coche. Un chico trajo el caballo del diestro y yo he telefoneado desde la portería a la cochera para que vengan por él.

TER. Pero ¿de veras no te has hecho daño?

VIC. Nada.

TER ¡Qué locura, qué locura!

ANT. Muy bien; y a todo esto no has ido a los funerales del tío abuelo...

VIC. ¿Del tío abuelo? No me importaban.

FEL. (Aparte.) ¡Olé!

ANT. (A Felipe, en tono de reproche.) ¿Qué dices? (Felipe hace señal de callarse.)

TER. Pues debían importarte, Victoria. Sí, sí. Mis primas Concepción y Sagrario han estado aquí con Luisita y están muy quejosas... Te han censurado mucho... ¡Si las hubieras oído!...

VIC. Me hubieran oído ellas también a mí.

ANT. ¿Cómo es eso?

VIC. Eso es...

ANT. — No, no, no; no está bien, no está ni medio bien esa conducta...

TER. — Mira, yo no quisiera enfadarme...

ANT. — Pero debe enfadarse, y yo también me enfado...

VIC. — Por favor, no me riñan ustedes.

ANT. — Yo...

TER. — Nosotros..

VIC. — Nadie Ni usted, (A don Antonio.) ni tú... (A Teresa.) No quieran cambiarme el carácter. Yo no sé fingir, ni quiero parecerme a las demás. Déjenme ser como soy. Buena, mala, loca o cuerda; pero yo, yo misma, yo sola: única, personal e intransferible. Yo no he conocido al tío abuelo, yo no le quería. ¿A qué iba a rezar y a llorar por fórmula? ¡Yo no soy hipócrita como mis tías!

TER. — No, Victoria, no; no me gusta oirte hablar así. Bien está, hasta cierto punto, que tengas tu carácter independiente y quieras vivir como un hombrecito; pero no debes expresarte así... Parece al escucharte que no quisieras a nadie.

VIC. — Parece... (Muy seria.) Pero nada más. No achaques tú también a locura o a maldad lo que es franqueza, sinceridad sin mezcla y sin mentira. Yo no soy mala, tiíta...

FEL. — No, eso no...

VIC. — Soy altiva porque puedo serlo y libre porque quiero... Pero tú no puedes dudar de mi cariño. (Se acerca a ella.) A ti te quiero con toda mi alma, tiíta... Tú eres mi madre, mi padre, todo para mí...

TER. — ¡Qué chiquilla!

VIC. — ¿Es eso todo lo que me dices?

TER. — Ven acá, ven acá, pícara, rebelde... (La besa con gran cariño.)

VIC. — Ajajá, así... (Volviéndose a don Antonio con el índice levantado.) Y usted, don Ogro, a no reñirme más...

ANT. — Bueno, bueno.

VIC. — Y usted...

FEL. — Yo te reverencio, chica... Y te aplaudo. (Aparte.)

Pasalón

ESCENA IV

DICHOS y JUANA por el foro

JUANA Señora... Ahí han venido con las flores que encargó usted anoche...

ANT. ¿Las flores?

TER. Sí, para adornar la mesa. ¿No viene hoy el señor Ruiz Moguer?

ANT. ¡Ah! Sí, es verdad...

TER. (A Juana.) Mira, que las lleven al comedor; yo voy en seguida.

JUANA Está bien. (Mutis por donde salió.)

VIC. ¡Ah! ¿Pero es que hoy viene a almorzar don Roberto?

ANT. Sí, hoy; parece que lo preguntas así, con cierto disgusto... No comprendo...

VIC. Claro; como no es a usted a quien le pone ojos de carnero degollado... No le fastidia a usted como a mí el señor don Roberto.

TER. Bueno, calla... Ya puedes vestirte. Espero que no pretenderás recibirlo así... Yo voy a arreglar la mesa.

ANT. ¡Cómo ha de ser! Yo también voy por unos dulces y unos fiambres antes de que llegue...

TER. Déjalo, irá Juana.

ANT. No, no; los quiero comprar yo mismo. Hasta ahora.

FEL. Adióoos...

(Mutis don Antonio foro.)

TER. Tú, anda, vete a vestir... No tardes... Felipe es de confianza y ahí tiene periódicos.

VIC. Sí, sí; ya voy. (Se ha puesto seria.)

TER. Bueno, pero anda. (Mutis foro.) Con tu permiso, Felipe.

FEL. (Apenas se quedan solos corre al foro, se cerciora de que nadie los oye, y vuelve muy contento.) ¡Ah! Choca, chiquilla. Te admiro y te envidio.

VIC. ¿Y eso? (Siempre muy seria.)

FEL. ¡Tienes una facilidad para soltarle cuatro frescas al lucero del alba, que pasmal... ¡Eres admirable! Y que no necesitas beber ni nada, como yo.

VIC. ¿Qué quieres? La sinceridad es mi lema.

FEL ¡Ah! Y el mío. Sólo que yo soy tímido y

necesito vino. *In vino veritas*, querida sobrina.

VIC. (Sonriendo con cierta desgana.) Sí, sí, búscale pretextos al vicio.

FEL. ¿Pretextos?... Razones. Lo que me sobran son razones desde hace veinticinco años, tu edad. La del naufragio cuando volvimos de Guatemala y entramos en Guatepeor tus pobres padres y yo. Creo que es una razón suficiente. Tragué tanta agua, chica, que la tomé odio para toda la vida.

VIC. Hombre, yo también debí tragarla y...

FEL. Tú, no; tú no tragaste ni una gota. ¡Gracias a mí! Yo te llevaba en brazos, nadando con una mano, y te levantaba arriba, muy arriba, sobre las olas... ¡Ah!... La verdad es que somos novelescos, ¿eh? Mejor dicho, novelables... ¿No te parece?

VIC. ¡Qué sé yo!

FEL. Oye: estás así como distraída, como en una nube. ¿Te inquieta algo?

VIC. (Rápido y tratando de volver a su tono alegre.) No. ¿Y a ti?

FEL. A mí... a mí, sí. (Señalando el pecho.) Tengo aquí un secreto... ¡Qué secreto!. ¡Enorme, piramidal! ¡Con decirte que hace ocho días que no bebo por no soltarlo!...

VIC. (Riendo.) Pues Dios te dé muchos secretos que guardar.

FEL. ¡Ah! Pero ya no puedo más... No, no puedo más. (Saca del bolsillo del chaleco una botellita de cognac de las de cuarto de litro, de muestra.)

VIC. Pero tío...

FEL. Sss... (Con un dedo en los labios. Misterioso y alegre.) Martel legítimo, ¡¡Tres estrellas!! A la media docena de copas se multiplican las estrellas y ve uno la osa mayor. (Bebe un traguito.)

VIC. Pero tío Felipe... (Quiere contenerlo.)

FEL. Sss... a estarse quieta. Yo también quiero ser único, imposible e intransitable, como tú. De todas suertes, el secreto va a saberse al fin... y como tengo que preguntarte algo... Déjame tomar valor. (Bebe un buen trago, se guarda la botella, se limpia los labioe con el pañuelo y se estira los puños como entonándose.) ¡Ah! ¡Ejem! Dime. ¿Te interesa algo ese don Roberto Ruiz Moguer, a quien han invitado a comer hoy?

VIC. ¿Por qué me lo preguntas?

FEL. ¿Te interesa?

VIC. No.

FEL. Choca otra vez. Pues mira: tu tío político, mi segundo cuñado, tiene interés en que tú mires con buenos ojos a Roberto...

VIC. ¿Mi tío?... No puede ser... Si él siempre me ha predicado que no debo casarme sino pensándolo mucho.

FEL. Pues ahora te predicará todo lo contrario...

VIC. Pero ¿por qué? ¿Cómo lo sabes... vamos a ver?

FEL. ¿Que por qué? ¿Quieres saber por qué? (*Saca la botellita y bebe un trago. Victoria da muestras de impaciencia.*) Tu tío Antonio, mi segundo cuñado... ¡es un poco egoísta! Mi hermana, pobre, apenas enviudó se prendó de él. No se lo censuro. San Francisco se enamoró del lobo y San Antón del cerdo... ¡Y eran santos! No se lo censuro; pero el tío Antonio... es un poco egoísta.

VIC. ¡Vaya! Empezó la murmuración.

FEL. No. Empieza la explicación. (*Bebe otro trago y se anima visiblemente.*) ¡Tu tío político es bastante egoísta!

VIC. No te entiendo.

FEL. Me vas a entender ahora mismo. (*Bebe un trago muy largo, se guarda la botella y exclama con gran animación.*) ¡¡Tu tío Antonio es un sinvergüenza!!

VIC. Pero...

FEL. Ya tengo carga y me disparo. Antonio es un solemne cuco. No quería que te casaras porque la administración de tus bienes es un buen negocio. ¡Nada, déjame hablar! Pero como sabe que al fin y a la postre tienes que casarte con alguien y el que más le conviene es Roberto...

VIC. Pero, ¿por qué?

FEL. Pues porque mi buen cuñado, el año 88, cuando era cajero de la casa Mínguez y compañía, hizo... una ocultación. Aún no he bebido bastante para decir que hizo una estafa.

VIC. ¡Tío, por Dios!

FEL. ¡Nada! Y como el padre de Roberto le dió el dinero para cubrir el desfalco, y él lo sabe, y está obligado... ¿eh?

VIC. ¿Pero tú tienes la seguridad de lo que dices?

FEL. ¿La seguridad? ¿Por quién quieres que jure? Mira. (Se pone una mano sobre el pecho sobre la botella de cognac.) ¡Lo juro!

VIC. Pues te lo agradezco. Como el señor don Roberto se me declare, se insinúe tan solo, te prometo que me va a oir.

FEL. ¡Ole con ole y con ole! ¡Por ahí, por ahí! Con tal de que tú...

VIC. Y que puedes estar seguro de que no me tuerce nadie; yo no soy mujer de amoríos; ni que se pirra por casarse, ni que tiene prisa. Todo lo contrario. No me quiero casar con nadie. Me he hecho otros ideales... Pienso...

FEL. Mira, sobrina, tonterías, no; esa regla de conducta que tú te has hecho con la cabeza, viene un día el corazón y la echa por tierra.

VIC. Bueno. (Sonriendo.)

FEL. ¡Nada! La echa por tierra. En cuanto te enamores. Mujer eres, mujer y mujer. Y pese a todos tus feminismos, habrás de ser madre, madre, ¿lo oyes? que es tu misión, la industria específica de todas las mujeres.

VIC. Yo te digo...

FEL. Y en cuanto venga un muñeco de carne, un muñeco vivo... de donde venga, Perico, Juan y Manuela, esos tres y todos los muñecos de su majestad británica... ¡a la calle! El amor gobierna al mundo.

VIC. Pues yo no creo en el amor.

FEL. No crees en el amor desde que se marchó Carlos, ¿eh?

VIC. ¿Qué quieres decir?

FEL. (Señala un ojo con el índice.) ¡Mira! Yo lo guipé todo. Tu primito Carlos, se te metió corazón adentro, le copiabas los versos, te los aprendías de memoria, y cuando se marchó...

VIC. Basta, tío Felipe, basta. No vuelvas a hablarme de él. ¿Entiendes?

FEL. ¡Ah!

VIC. Te lo ruego muy seriamente. No vuelvas a hablarme de él.

FEL. ¡Ah, luego le quisiste!

VIC. Pues bien, sí; yo no sé mentir. Yo no he coqueteado nunca, yo no he pelado la pava en el balcón ni he tenido novios jamás.

Carlos se crió conmigo en esta casa, como un hermano; pero mi corazón de mujer sabía que no era mi hermano. El era poeta, me recitaba sus versos, nos paseábamos bajo la luna, en este mismo jardín. (Señalando al balcón.) Padecí mi sarampión romántico... Pero de repente el ensueño se rompió. Cuando fracasó en su primer estreno, tú lo sabes, la vanidad de Carlos herida, el dolor de encontrarse con sus amigos, con sus compañeros de letras, pudo más que el amor, el débil amor que sentía por mí, y se marchó a Nueva York de la noche a la mañana. Pronto hará cinco años. Se casó allá, tuvo un hijo, enviudó. En fin, ¿quieres decirme qué tengo yo que ver con él, ni por qué he de recordarlo, ni por qué has de recordármelo tú?

FEL. Yo te lo recuerdo porque...

VIC. Mira, tío Felipe, tenemos bastante confianza y nos queremos mucho y nos conocemos. Aunque te bebieras una cuba no te dejaría hablar. Porque mis padres perecieron en un naufragio, porque tú me salvaste de él trayéndome aquí...

FEL. Ah, no, eso, no.

VIC. Déjame hablar. Me hicieron creer que un destino trágico había presidido mi vida y lo creí, y me sentí con la obligación de ser romántica. La vida se encargó de curarme, y cuando me convencí de que el amor es una comedia sensiblera y ridícula, y el matrimonio una conveniencia social, entonces, cuando iba a ponerme triste, mucho más triste, decidí ser alegre, torcer mi destino trágico, vencerlo. Ya lo he conseguido. Soy como soy, un poco agresiva en apariencia porque me conviene serlo; pero dueña de mí misma. Poseo una fortuna, entro, salgo, monto a caballo, juego al tennis, toco en el piano lo que me agrada, leo todo lo que me gusta leer, adoro a mis muñecos, que ni inventan, ni calumnian, ni se marchan... y no tengo interés (Empieza a conmoverse.) en casarme, ni en querer a ningún hombre. No, no lo tengo. Vivo por el deber de vivir, entiéndeme tú siquiera, y he hecho mi seguridad y mi alegría de lo que era mi deber. Soy,

como me decía el poeta ingrato, la Victoria de Samotracia, pero con esta diferencia: Aquélla tiene alas y le falta la cabeza, y yo tengo cabeza, pero me han roto las alas. (Pausa.) ¿Que soy un poco rara, que me dicen la señorita loca? ¡Bah! Qué me importa. Yo sé que soy fuerte, libre, buena, segura, y te niego el derecho a ti, mi salvador, de venir a enturbiar las aguas de mi serenidad con un mal recuerdo. Carlos murió para mí hace cinco años, cuando se fué. Nada quiero saber de él. Fué un ingrato, ¿entiendes? Se acabó, se acabó, para siempre. Se acabó. Se acabó. (Rompe a llorar.)

FEL. ¡Caramba! Ya veo que te he puesto triste. ¡Perdóname!

VIC. (Transición.) ¡Cá, no! Si no estoy triste, si vuelvo a alegrarme. Vuelve a alegrarme tú; cuéntame cosas, dime chistes.

FEL. No, no puedo, porque... (El reloj da la una.) ¡Caracoles, la una!

VIC. ¿Y qué?

FEL. Que me marcho. Es la hora del secreto.

VIC. ¿Pero dónde? ¿Qué secreto?

FEL. ¡Ah, menos averigua Dios, y perdona! Tengo que hacer sin pérdida de tiempo, y además, como tú no quieres que te hable de él, como eso te entristece...

VIC. Pues habla de lo que quieras, si crees eso; pero no te vayas. Anda, te oigo, háblame de él si te empeñas, no importa.

FEL. ¿No importa?

VIC. No.

FEL. ¿No? ¡Pues atención! ¡Caray! (Saca la botella del bolsillo.) ¡Qué lástima! Aunque quisiera no podría hablar. Se ha acabado el cognac y yo sin alcohol soy una estatua sin voz y sin pupilas.

VIC. Pero...

FEL. No te apures La volveré a llenar, me pimplaré, cogeré una merluza de las que hacen época y hablaremos; pero ahora no.

VIC. ¿Por qué?

FEL. Ah, es mi secreto. No ves... Ya no hay cognac. Si no la vuelvo a llenar, lloro. Conque, hasta luego, sobrina. (Mutis foro.)

ESCENA V

VICTORIA, que se queda sola y pensativa en el centro de la escena, y DOÑA TERESA que sale por el foro

TER. Pero, Victoria, ¿todavía así?

VIC. Ya me iba.

TER. ¿Y Felipe?

VIC. Se marchó ahora mismo, dijo que volvería. Bueno, voy a vestirme.

TER. Oye, niña, ¿qué tienes?

VIC. Nada.

TER. Te noto así un poco rara. ¿Te duele algo? Dime la verdad. ¿Te has hecho daño al caer?

VIC. No, tiíta, es que... nada, no tengo nada; voy a vestirme. (Mutis primera izquierda.)

TER. En fin...

ESCENA VI

DOÑA TERESA y DON ANTONIO por el foro

ANT. ¡Váya! Ya estoy de vuelta.

TER. ¿Compraste?

ANT. Sí, ya lo traerán. Sabes que no me gusta ir cargado. ¿Y Victoria?

TER. Se fué a vestir.

ANT. Me alegro. Siéntate.

TER. ¿Eh?

ANT. Que te sientes y me oigas. Es preciso que hoy mismo hables con Victoria.

TER. ¿Yo? ¿De qué?

ANT. De todo un poco, atiéndeme. A esas cotorronas de Sagrario y Concha no he querido darles el gusto de asentir a sus murmuraciones; pero no les falta razón. La conducta de Victoria es un poquito rara.

TER. Tú sabes que siempre ha sido así.

ANT. Siempre, no. Hace algunos años que ha cambiado.

TER. Bueno, Antonio; quiero decir que no es de ayer. A ti te pareció siempre bien su carácter independiente, su afición a leer, su ori-

ginalidad, hasta su falta de coquetería, que a mí se me antoja tan poco femenina.

ANT. Sí, sí; pero es que su rareza va en aumento, y ya no está bien. Esas salidas a caballo, sola, expuesta a cualquier accidente. Ya ves lo que ha podido ocurrir hoy. Y luego su agresividad, su franqueza. Es tan poco sociable a veces...

TER. ¿Poco sociable?

ANT. Sí: no es que yo diga que sea grosera, eso no; pero, ¿cómo te explicaré? Es demasiado resuelta, vamos. Demasiado franca. Al mismo Roberto le contesta de una manera...

TER. Convendrás conmigo en que el señor Ruiz Moguer es el prototipo de la cursilería.

ANT. ¡Teresa!

TER. Con sus barbas de acera del Suizo a la hora del aperitivo.

ANT. ¿Y eso qué quiere decir?

TER. Así dice Felipe, yo no puedo explicarlo; pero me hace gracia... y la sensación es exacta.

ANT. No, Teresa, no; ya sabes que me mortifica que se hable así de él. Roberto Ruiz es un buen amigo mío, le estoy muy obligado; fuí muy amigo de su padre. Además es un hombre de gran porvenir. Tiene una facilidad de palabra asombrosa. Esto en España significa mucho, significa todo. Le espera una carrera política brillantísima. Y además.. está prendado de Victoria... ¡Me consta!

TER. Pero, ¿y si ella no le quiere?

ANT. ¿Sabes tú que no le quiere?

TER. No, ya sabes como es; ella no dice nada; pero digo yo, si no le quisiera, puesto que se burla de él.

ANT. Es que tú debes aconsejarle que no se burle...

TER. No es nuestra hija, Antonio.

ANT. Como si lo fuera. ¡No la hemos recogido en el arroyo!

TER. Claro que no. La hemos recogido del mar.

ANT. Bueno, la hemos recogido. Pero es la hija de un hermano tuyo y no debes ni puedes, de ninguna manera, descuidar su porvenir. Yo no quiero meterme aún, yo aguardo, pero tú... ya es otra cosa. Debes hacerle notar que Roberto es un partido envidiable. ¡Así, envidiable!

TER. Pero, Antonio, ¿pero qué es lo que oigo? Si tú siempre has opinado que no debía casarse, si...

ANT. Mas como tendrá que casarse al fin y a la postre, como algún día habrá de ser, a mí me parece que Roberto...

ESCENA VII

DICHOS y FELIPE, por el foro. Viene muy colorado

FEL. ¡Salud y fraternidad! ¡Ya pareció el peine!

TER. ¡Oh... pero cómo vienes, Felipe!

ANT. Pero, hombre...

FEL. Sss... Nada, no tengo nada. ¡Un pinchazo nada más! En el hoyo de las agujas, sí, pero pinchazo. Aunque me den vueltas y más vueltas, no doblo. ¡Vengo muy alegre, muy alegre, más alegre que la pianola de un tupi!

TER. Pero, Felipe...

FEL. Nada... ¡y tú me lo vas a agradecer, querida hermana! Y no hablemos más de mí. Hablemos de algo más interesante, más simpático. ¿De qué hablamos? De Carlos, por ejemplo. ¿Qué sabéis de Carlos?

ANT. (Malhumorado.) Nada, Felipe.

FEL. Nada.... absolutamente... nada, ¿eh?

TER. ¿Es así como habré de alegrarme? ¿Con este espectáculo? ¿Es eso lo que tengo que agradecerte? ¡Que me hables de mi hijo! Hace seis años que no le veo.

ANT. Cinco, mujer.

TER. ¡Bueno! A mí me parecen cincuenta. Y tenga usted hijos para esto, y sufra por tenerlos y por criarlos, y padezca luego las penas de ellos. De repente se levantan con una fantasía, una locura, y adiós... otros cariños, otras ilusiones nos los roban para siempre.

FEL. Pero Carlos volverá.

TER. Sí, sí... volverá. Quién sabe cuándo.

FEL. Cuando menos se piense.

ANT. Seis meses hace que no sabemos de él.

TER. ¡Seis meses! Viudo, solo, estará triste también.

FEL. ¡Ah, pues yo tengo noticias más recientes!

TER. ¿Sí?

ANT. ¿Tú? (Casi a la vez.)

FEL. Yo, sí. Tengan calma. Yo sé que dejó Nueva York.

TER. ¿Que se marchó de Nueva York? ¿Pero qué estás diciendo?

FEL. La verdad. Ahora no puedo decir más que la verdad. Sé que Carlos dejó Nueva York, que llegó a París... y luego a Barcelona... y que el día menos pensado... ¿eh?... No entiendes...

TER. (Levantándose.) ¡Mi hijo está aquí! ¡Mi hijo ha llegado!

ESCENA VIII

DICHOS y en el foro CARLOS con un cabás que deja sobre un mueble y CARLITOS niño de cuatro a cinco años. A su tiempo, JUANA

CARLOS ¡Madre! (Corren uno a otro y se abrazan.) ¡Madre! (Quedan abrazados en el centro de la escena. Pausa. Felipe coge al chico en brazos y forma grupo aparte con don Antonio.)

TER. (Mirando a Carlos llorosa.) ¡Hijo mío... hijo mío!... (Pausa.) ¡Qué alegría tan grande!

CARLOS Muy grande, madre, muy grande. Deja que te mire .. ¡Mamá... viejecita mía!

FEL. Yo lo sabía hace ocho días; por eso no podía beber, porque hubiera hablado... ¡Fuí a recibirlo a la estación!

TER. (Reparando en el chico.) ¡Es mi nieto! ¿Verdad? ¡Venga, dámelo! (Lo coge y lo acaricia.)

CARLOS ¡Querido don Antonio!

ANT. (Abrazándolo.) ¡Hijo! No lo eres pero te he querido siempre como un hijo.

TER. ¿Y este, cómo se llama? (Al chico.)

CARL. Carlitos Guevara y Sanz, para servir a Dios y a usted.

TER. (Besando al chico.) A Dios sí, a mí no. Soy yo quien te va a servir a ti. ¡Mi rey! (A Carlos.) Siéntate, hijo, siéntate; ya estás en tu casa, al fin.

CARLOS En la casa de mi niñez. Y pocas ganas que tenía yo de verla. ¡Cinco años que me han parecido un siglo! ¿Y Victoria?

ANT. Tan buena.

TER. Ahora la verás. ¡Lo que va a alegrarse! Pero, cuéntame. ¿Qué has hecho? ¿Por qué has

dejado de escribir en tanto tiempo? ¿Cómo has venido sin avisar? ¿Qué proyectos tienes?

CARLOS — Ah, mamaíta, es largo de contar. Traigo la representación de tres casas de Nueva-York. Ya verás.

JUANA — (En el foro.) Señora, ahí traen unas maletas.

CARLOS — (Levantándose.) ¡Juana! ¿Cómo estás? (La abraza.)

JUANA — ¡Jesús! Señorito Carlos, Dios lo trajo, señorito. (Casi llorando.)

TER. — (Muy conmovida.) Bueno, bueno, déjalo; dí que lleven las maletas... (A Carlos.) ¿Son muchas, hijo?

CARLOS — Tres.

TER. — Pues a tu cuarto... sí, anda Juana. (Mutis de ésta.)

ANT. — A tu cuarto, que es todavía tu cuarto de soltero.

CARLOS — ¿Ah, sí?

TER. — Como estaba cuando tú te marchaste...

FEL. — ¡Venga usted acá, picaronazo! (Al chico.)

TER. — Ven, ven y lo verás. Con los muebles que tú dejaste. Todas las mañanas entro unas flores como a ti te gustaba.

CARLOS — Sí, vamos; así me quito el polvo del tren, se pone uno...

TER. — (Cogiendo al chico.) Ande, venga usted con la abuela. (Mutis foro Teresa, Carlos y el niño, Felipe y Antonio los siguen.)

FEL. — Me parece que me he portado bien, ¿eh?

ANT. — Sí, hombre, sí.

FEL. — Creo que bien me he ganado una copa de ese vermout que tienes en el aparador, ¿eh?

ANT. — ¡Ah, tunante!

ESCENA IX

La escena sola unos instantes. A poco sale VICTORIA que se dirige al mueble y arregla los muñecos. Haciéndolo repara en el cabás que dejó Carlos. Cuando lo está mirando extrañada aparece en el foro CARLOS

VIC. — ¿Eh? ¿Quién habrá? ¡Qué raro! (Estará de espaldas al foro.)

CARLOS — (Sin moverse.) Es mío, Victoria.

VIC. — (Muy conmovida.) ¡Carlos!... ¡Dios mío!... ¡Tú!..

CARLOS (Corre hacia ella con los brazos abiertos.) ¡Victoria!

VIC. (Ella venciendo su emoción le tiende las manos.) Bienvenido, Carlos.

CARLOS Victoria.

VIC. ¡Hay que ver, tú!

CARLOS Yo, yo mismo.

VIC. Estabas tan lejos. ¡Hay que ver! (Pausa.)

CARLOS ¿No me dices nada? Esto es todo lo que se te ocurre.

VIC. Te doy la bienvenida. ¿Qué más esperabas que te dijera? Te doy... la bienvenida... nada más.

ESCENA X

DICHOS, ROBERTO RUIZ MOGUER por el foro con un ramo de flores. Luego TERESA, ANTONIO, FELIPE y el NIÑO. Al final JUANA

ROB. Señorita. (Hace una venia a Carlos.)

VIC. Don Roberto.

ROB. Por favor, suprima usted el don. Duéleme sobremanera profundamente, un tratamiento tan ceremonioso, tan estirado, tan glacial, en labios de usted. No dice bien el frío con el fuego.

VIC. Oh, don Roberto.

ROB. ¿Insiste usted? Pues yo castigo con estas flores su perversidad.

VIC. (Cogiéndolas) Gracias, don Roberto.

ROB. Por piedad ¡otra vez el don! ¡Es usted cruel!

VIC. Más que usted. ¡Ja, ja, ja! Bueno, mi primo Carlos, el señor don Roberto Ruíz Moguer, futuro diputado, futuro embajador, futuro presidente del Consejo.

ROB. Oh, señorita.

CARLOS Tanto gusto.

ANT. Querido Roberto. (Saliendo.)

TER. Señor Ruiz.

ROB. Señora. Mi admirable don Felipe.

CARLOS (Un poco en primer término izquierda a Victoria.) ¿Es un rival el que me has presentado?

VIC. No te entiendo.

CARLOS ¿De veras?

VIC. Y tu pregunta que no entiendo, que no puedo entender, me parece una torpeza y una ofensa.

CARLOS Pero Victoria...

VIC. Basta, Carlos, déjame. (Hace mutis por la segunda izquierda. Carlos se queda de piedra.)

TER. ¿Te han presentado, hijo?

CARLOS Sí, ya tuve el gusto...

ROB. Placer y honor para mí, querido amigo. Creo que puedo a usted llamarle amigo desde ahora.

ANT. Bueno, querido Roberto, a usted sólo esperábamos. Podemos pasar al comedor cuando usted quiera.

ROB. ¡Oh! yo imploro dolorosísimo el perdón más amplio si me he retrasado. Una reunión con los prohombres del partido. ¡Esta maldita política!

TER. No faltaba más; vamos, vamos.

ANT. Pero, ¿y Victoria? ¿Dónde está Victoria?

TER. No sé, estaba aquí ahora mismo.

JUANA (Apareciendo en el umbral primer término izquierda.) La señorita Victoria manda decir que no la esperen, tiene un poco de jaqueca. (Hace mutis por la segunda.)

ANT. ¿Cómo?

TER. ¿Eh?

ROB. Es extraño, la señorita Victoria... ahora mismo...

ANT. Debe haber entendido mal la criada. Anda a ver, Teresa.

TER. Sí, yo voy. Sigan ustedes, por favor, sigan ustedes, vamos en seguida.

ANT. Vamos, vamos nosotros, Roberto. ¡Querido Carlos! (Mutis foro Antonio llevándose a Carlos, a Roberto y al niño. Felipe se queda y se acerca a Teresa.)

FEL. No le preguntes nada, es inútil, yo sé...

TER. Que tú sabes... ¿Y qué sabes?

FEL. Sé... pero me marcho a la calle ahora mismo. ¡Por no hablar!

TER. Pero, ¿tú también? Pero, ¿qué es esto?

FEL. Esto es que ya empieza a trabárseme la lengua, que me bailan los objetos, y si empiezo a hablar... ¡la hecatombe! Adiós.

TER. Pero oye...

FEL. Nada. ¡Una tumba! Huyo... es lo mejor. ¡Estoy con la fiebre! (Mutis por el foro. Telón rápido)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Peñaranda
Romero
Niño

La misma decoración del acto anterior. Es por la tarde

ESCENA PRIMERA

VICTORIA sentada en la mesa del centro. Tiene a los lados los muñecos, un sombrero de papel y una caja de bombones. FELIPE a gatas hace de toro y CARLITOS (el niño) le da un pase de muleta

VIC. ¡Bravo, bravo!

FEL. (Levantándose) ¡¡Ole!! ¡¡Superior!! ¡Cómo habrá sido el pase cuando el propio toro dice ¡ole! Y que de esto nadie mejor enterado que el toro ¿eh? Es un voto de calidad.

CARL. Pónete, pónete, ¡ana!

FEL. Bueno. (Se pone a gatas.) ¡Ah, pero mátame ya! Mira que me voy a quedar... me voy a quedar sin fuerzas y sin pantalones. (El niño le da la estocada y Felipe se tambalea y cae.)

VIC. (Aplaudiendo.) Bravo, bravo. ¡Viva, muy bien!

FEL. (Levantándose.) Oye, oye, no le vayas a conceder la oreja ¿eh?

VIC. Descuida, aunque se la merece. (Cogiendo al chico.) ¡Venga usted acá, Mazzantini! La presidencia le da muchos besos y unos bombones.

FEL. El toro también le da un beso, agradecido por la buena muerte.

ESCENA II

DICHOS y DOÑA TERESA por primera izquierda. Luego CARLOS por el foro

TER. Bueno, pero, ¿qué pasa? ¿Terminó ya la corrida?
FEL. Acaba de matarme. ¡Una estocada hasta la bola!
TER. ¡Vaya!
CARL. ¿Te mato otra vez?
VIC. No, los toros no resucitan.
CARL. ¿Por qué?
VIC. Porque se cortarían la coleta todos los toreros.
FEL. ¡Y todos los toros! ¡Vaya un martirio!
CARLOS (Entrando.) Vamos, cogidos infraganti. Fomentando la barbarie en el chico.
VIC. No digais eso; se divierte tanto el angelito.
FEL. Además, le conviene aprender, para que implante las corridas de toros en Nueva York, cuando vuelva.
VIC. ¿Cómo cuando vuelva? Carlitos ya no se va de aquí.
CARLOS Eso lo veremos.
VIC. Pues claro está que lo veremos. ¡No faltaba más!
FEL. ¡Nada! A este yankee lo vuelvo yo más madrileño que el ex-chico de la blusa. En cuanto sea mayorcito le voy a enseñar a tocar la guitarra.
TER. ¡La guitarra!
CARLOS ¡Pero hombre!
FEL. Sí; para que no pague en las juergas.
VIC. ¡Anda!
TER. (A Victoria.) Oye, te advierto que son las cinco de la tarde. ¿No merienda hoy Pepe-Hillo?
VIC. Ahora mismo; se la ha ganado. ¿Tú sabes la faena que ha hecho? Anda, Caín.
CARLOS ¡Cómo Caín!
VIC. Sí, señor, ha matado a su hermano Perico. Mira al pobre guardia. ¡Le ha sacado las entrañas! (Carlos sonríe.)
FEL. ¡Muy bien hecho! ¡Duro con los guardias!
VIC. (Agachada junto al chico.) A ver, ¿qué quiere

usted? Chocolate o té con leche como en Nueva York, mejor que en Nueva York, con mermelada. ¿Chi? ¿Tecito con leche? Güeno... ana... vamos. (Se lo lleva al comedor primera izqnieada.) Hasta ahora.

TER. ¿Vosotros no tomáis el té?

CARLOS Gracias, mamá; acabo de tomarlo con un amigo.

TER. (A Felipe.) ¿Y tú?

FEL. ¡Por Dios, hermana! Bueno que me déis en las comidas el vino con cuenta gotas. Sistema homeopático. ¡Pero té ahora! ¡Tú me quieres matar!

TER. Anda, anda, no te quejes. Bebiendo lo que puedes beber, que ya es bastante, no dices más que las verdades que se pueden oir. ¡Si vieras lo que ganas!

FEL. Gano, pero me muero, ¡mi palabra de honor!

TER. Bueno, bueno, ahí os quedáis. Yo voy a tomar mi té. (Mutis al comedor.)

(Felipe se eneara con Carlos y le mira.)

CARLOS ¿Qué?

FEL. Eso digo yo. ¿Qué? ¿Qué hay?

CARLOS Nada.

FEL. (Rascándose la cabeza.) ¿Nada? Pues no es mucho, la verdad.

CARLOS Para desesperarse es bastante. (Se levanta y pasea.)

FEL. ¡Pero hombre! De manera que me separo de ti; te dejo solo para que tengas ocasión de afinar la puntería y lanzar en seguida tus flechas de Cupido, ya ves que soy poético y hasta mitológico, y ¡nada! Tú no llegas. Vuelvo, creyendo que ya habías venido, y aquí estaba mi sobrina con el niño. Me he pasado dos horas esperándote y embistiendo, jugando al toro. ¿Te parece bien?

CARLOS ¡Qué quieres! Aquí no vivo. Por eso estoy siempre en la calle. Llegué hasta la puerta, iba a subir y no me atreví... ¡No puede ser!... Quisiera no verla y no puedo vivir sin verla.

FEL. Bueno, pero ella, ¿qué dice? ¿Cómo se manifiesta?

CARLOS Tiene aún la misma jaqueca de hace un mes, del día que llegué de Nueva York.

FEL. No, no, tiene la jaqueca de hace cinco años; del día en que te marchaste. ¡Ya ves qué jaqueca más larga! Y tú tienes la culpa...

CARLOS ¿Yo?

FEL. Tú, sí. ¡Nada! Te marchaste y desde lejos apenas si le escribiste media docena de cartas.

CARLOS Que ella no contestó...

FEL. Como que tú no le hablaste ni una vez siquiera de tu amor, no le explicaste el motivo de tu ausencia... Ahora vuelves diciendo: «Soy rico, tengo un hijo... que no tiene madre...»

CARLOS Yo no he dicho eso.

FEL. ¡Ah, pero ni eso le has dicho! Y entonces, ¿de qué te quejas, alma de cántaro? ¡Hay que atreverse! ¡Nada! Si no te atreves sano, te emborrachas y ya verás cómo te atreves...

CARLOS ¡Tío!

FEL. Sobrino, digo yo. Y hablo en serio. Hubo en la antigüedad un grande hombre, el más grande de todos, Noé. El salvó a la humanidad del agua e inventó el vino. ¡Figúrate! El vino es el gran remedio, créeme a mí. Da valor, fuerza, locuacidad... y cuando no da eso, da el olvido. ¿Quieres declararte? ¡Emborráchate! ¿Quieres olvidar? ¡Emborráchate! ¿Quieres que tu tío te aconseje algo mejor? ¡¡Emborracha a tu tío!! ¡No hay más remedio.

CARLOS Es que no hay ningún remedio, ninguno. Creí, cuando volvía, que hacía un viaje a España y he hecho un viaje a la China. Todo es inútil. Victoria está siempre esquiva... malhumorada... poco amable... Victoria ya no es la misma...

FEL. No eres el mismo tú... ¡Tú, sí... tú..! Ella se enamoró antaño del poeta, del soñador... Has vuelto con un bigote a lo yankee, con un hijo, y convertido en el panegirista de todos los dentistas de Nueva York... ¡Son muchas cosas malas para una mujercita romántica, para una náufraga nieta de Robinsón Crusoé y sobrina de su tío!

CARLOS Sí, sí; muy romántica... Y le hace carantoñas a ese idiota de Ruiz Moguer.

FEL. Mentira... ¡Sí, señor; mentira! Que tu padrastro, mi cuñado, proteja al don Roberto ese de las barbas tan perfumadas, que apestan... porque tiene miedo que pueda enamorarse de ti... y que se vaya lejos, contigo y con su

dinero, es una cosa... Que ella esté conforme, esa es otra. Y además, mira, vámonos al café. Aquí no puedo hablar ¡No tengo argumentos! Vámonos al café y ya te diré yo allí cuántas son cinco.

CARLOS Vámonos donde quieras.

FEL. Verás. A ti lo que te conviene es hablar con Victoria pronto y claro. ¿Que te dice que no? ¡Pues a olvidar! Yo te busco el bálsamo y tú lo pagas. Armamos una de juergas, chico, que te olvidas hasta de tu apellido y de los años que tienes. Pero por ahora, háblale. Pronto, en la primera ocasión...

CARLOS Sí, sí...

FEL. Créeme a mí. A las mujeres, como a los toros, hay que entrarles a matar donde se igualen, donde ellas quieran... Y si no se igualan, es en vano... se van vivas... Me parece que te van a tocar el tercer aviso, sobrino. Pero no te apures, que yo te ayudaré... ¡Anda, vamos! (Le coge de un brazo.)

CARLOS Sí, sí; vámonos, es mejor.

FEL. ¡Anda! Tienes muy poca mano izquierda... Y la mano izquierda es la que mata. ¡Ya verás!... (Mutis los dos por el foro.)

ESCENA III

TERESA y VICTORIA por donde se fueron

TER. ¡Cómo! ¿Se han marchado?

VIC. (Malhumorada.) Ya lo sabía yo; supuse, y no supuse mal, que el tío Felipe se lo llevaría. ¡No vive a gusto más que en el café!

TER. ¿El o Carlos?

VIC. Los dos.

TER. Me parece que eres injusta.

VIC. Acaso porque antes y aun ahora mismo fueron injustos conmigo.

TER. ¿Contigo? ¿Quién?

VIC. Todos... la casualidad... ¡qué sé yo!

TER. ¿Tienes alguna pena, Victoria? ¿Por qué no te confías a mí? ¿No dices que me quieres tanto? Habla. ¿Qué tienes? Habla. ¿Es que ya no te inspiro confianza? ¿Estás enamorada, chiquilla?

VIC. No, y no quiero que me lo digas ni que lo supongas. Ya ves cómo ní en ti puedo tener confianza.

TER. Pero, ¿por qué? No te entiendo...

VIC. Porque hablas de que yo pueda enamorarme y sabes que no estoy enamorada, y, sin embargo, me lo dices, a ver si consigues sugestionarme. ¡Tú también!

TER. ¿Yo también?

VIC. Sí; no basta que tu marido...

TER. ¡Victoria!

VIC. Bueno, el tío Antonio se empeñe en meterme por los ojos al señor Ruiz Moguer, ya sé yo con qué intención y con qué fines; no basta que yo manifieste con toda claridad que don Roberto no me gusta ni poco ni mucho, y que en el teatro, en el paseo, me muestre indiferente, sin interés. No basta nada de eso... De él he conseguido ya que en un mes no vuelva por esta casa; del tío Antonio no puedo conseguir que no me hable de él, y ahora tú vienes preguntándome también, solapadamente, si estoy enamorada. ¿Es que ya no me puedes resistir en tu casa, tiíta? ¿Es que ya soy una carga para ti?

TÉR. ¿Pero muchacha, qué dices?

VIC. ¿Es que te parece que a mí púede gustarme ese hombre? ¿Que yo puedo ser feliz con semejante marido?

TER. ¡Pero ven acá, locuela, ven acá! ¿Quién te ha nombrado a don Roberto?, te pregunto yo. ¿Es que no hay más hombres en el mundo?

VIC. ¡Ah! ¿Pero no te referías a él? ¿De veras?

TER. De veras. Yo no puedo contrariar a mi marido. Yo no me puedo oponer. . Eso es cuenta tuya. Ya ves, un mes hace que el señor Ruiz Moguer no viene a esta casa y no le he echado de menos ni te he preguntado si hubo alguna explicación entre tú y él, que después de todo, ni me interesa ni me gusta. Pero te veo triste, malhumorada continuamente ¡Y soy vieja y soy madre!.. ¡Entiéndeme!... y porque te quiero debo preguntarte. ¿No tienes ninguna otra inquietud sentimental? ¿Ninguna? (Pausa.) ¿Por qué callas? ¿Dí?... ¿Por qué no me contestas?

VIC. E·taba gozándome en la seguridad que acabas de darme de que no proteges al señor Ruiz, ni te empeñas en que sea mi marido. ¿Puedo estar segura?

TER. Pues si ello te tranquiliza, ya lo sabes. Por consideraciones a Antonio, que es muy buen amigo suyo, recibo con la mayor indiferencia, con cortesía, a Roberto... pero nada más. Ni trato de forzar tu voluntad ni me estorbas en mi casa, sino todo lo contrario. Pero me estorba verte triste.. y quiero saber por ti la causa de tu tristeza. ¿Hay algo? ¿Algo nuevo? ¿Algo que yo no sé? ¿Quién es el afortunado mortal?... Yo te quiero como una madre...

VIC. Y yo como si fuera tu hija... como si fuera tu única hija.

TER. Mi única hija.. ¿Qué quieres decir?

VIC. No puedo hablar, mamaíta. Lo que muy hondo se siente, muy hondo se esconde. Los placeres, la felicidad, pueden confiarse, deben confiarse a los que se quieren... es un deber... Los dolores, las penas, deben ocultarse; hay que tener el pudor del sufrimiento, que es solo para quien lo sufre...

TER. Pero chica, ¿cómo me hablas hoy? ¿Qué te pasa? Acaso mi hijo... Carlos ha podido...

VIC. No; Carlos es mi hermano que ha vuelto. Le estoy muy agradecida: me ha traído un muñeco vivo, su hijito, que es un encanto, un consuelo para mí. Carlos no tiene culpa...

TER. Entonces...

VIC. Es que todos tienen razón. La señorita está loca, y... (Viéndole entrar.) Don Roberto... esto solo me faltaba.

TER. ¡Calma, calma!

ESCENA IV

DICHAS, DON ANTONIO y ROBERTO RUIZ MOGUER, por el foro

TER. Señor Ruiz.

ROB. Señora... (Le besa la mano.) ¡¡Victoria!!

VIC. Buenas tardes...

ANT. Nos encontramos en la calle y me lo traje.

ROB. No, señor; protesto en grado heróico y eminente. Yo venía. Yo acudo siempre a esta

casa como las alondras al reclamo... aunque por mi mala ventura no me reclame nadie...

TER. Oh, no diga usted eso...

ANT. Bah, bah, no lo creas... (Se han sentado así: Victoria y Roberto; lejos, Teresa y Antonio.)

ROB. ¡Palabra de honor! Yo hubiera querido venir mucho antes... Pero las múltiples y variadas ocupaciones políticas, los preparativos inaplazables de la futura campaña electoral, tuercen, no... ¡cómo diría yo!, bifurcan, si se quiere, los tortuosos senderos de mi actividad... ¿Qué quieren ustedes? Sagrados deberes del patriotismo, que es para mí un imperativo categórico... Es, por decirlo al modo vulgar, la obligación, la prosaica obligación ciudadana... Ustedes son la devoción sentimental...

TER. ¡Muchas gracias! Qué pico de oro, ¿eh?

ANT. ¡Admirable, admirable! Es el Demóstenes español.

ROB. ¡Por favor!!..

ANT. Y esto es en la conversación vulgar...

TER. Ya me figuro lo que ocurrirá en las cámaras... Le aplaudirán a usted hasta los maceros... ¡Ya verá usted!

ROB. ¡Señora, por Dios, usted me confunde! No hablemos de ello. Lo que ansiaba es que ustedes me perdonaran si he tardado casi un mes en hacerles esta visita de digestión, ¿no se dice así?, después del opíparo almuerzo que usted, Victorita, no quiso honrar con la deliciosa y encantadora merced de su presencia...

VIC. Tuve un poco de jaqueca.

ROB. ¿El mal del día acaso? ¿Eh? Esta epidémica infección que gentes desaprensivas y frívolas designan con un absurdo nombre zarzuelero... ¿eh? Pero ya pasó, ¿eh? Los colores de usted tienen una lozanía primaveral...

VIC. Gracias... (Muy seria.)

ROB. Oh, no sabe usted cuán profundamente hube de lamentar su felizmente pasajera indisposición. Pasamos una tarde triste... es decir... ¡Por Dios! No aburrida, aburrida no, de ninguna manera. En esta casa todos son muy amables... pero faltaba usted y para mí faltaba todo... (Sigue hablando con ella en voz baja, muy insinuante.)

ANT. Oye, Teresa: ¿sabes que he visto a Martín por lo de la escritura?

TER. ¿A qué Martín?

ANT. Sí, mujer, sí; al de la venta de la casa; aquí traigo la nota. Si me haces el favor de venir a mi despacho; Roberto es tan amable que nos dispensará. (Levantándose.)

ROB. Oh, sí, no faltaba más; yo no quiero ser de cumplido...

ANT. Pues con el permiso de usted...

ROB. Vayan, vayan...

ANT. Victoria le hará a usted compañía entre tanto.

ROB. Si es tan piadosa...

ANT. Vamos, vamos, Teresa.

TER. Hasta ahora.

(Roberto se levanta y hace una venia. Mutis izquierda Teresa y Antonio.)

ESCENA V

VICORIA y ROBERTO

ROB. Conque no ha salido usted hoy, ¿eh, Victo rita?

VIC. Así parece, señor Ruiz...

ROB. Oh, señor Ruiz, señor Ruiz... Antes me llamaba usted don Roberto, don, ahora señor... Es usted demasiado ceremoniosa conmigo, cruelmente ceremoniosa...

VIC. ¿Cruelmente? ¡Qué exagerado es usted!

ROB. Es que usted no sabe, Victorita, no puede medir, justipreciar en su exacta intensidad, el desasosiego, la pena, la tortura, eso es, la tortura que para mí significa esa falta de confianza. Yo necesitaría, es más, yo reclamo de usted, esto es, reclamo una familiaridad más simpática. Oh, por Dios; más simpática no, no; en usted todo es simpático, sí, sí; pero en fin... Usted me entiende...

VIC. Yo no le entiendo a usted ni una palabra, señor Ruiz...

ROB. Yo quiero decir que si sus labios suprimieran el tratamiento de señor y substituyeran el apellido por mi nombre, yo me atrevería a ser más explícito, esto es, a formular en palabras, en palabras sinceras, hondas, sen-

tidas, apasionadas, esto es, lo que hace tiempo que vienen formulando en súplica mis ojos, ¿eh?... ¿Todavía no me entiende usted?

VIC. ¿Usted me autoriza a tener confianza con usted? ¿A tratarle con toda llaneza? ¿En camarada?

ROB. En camarada, ¡por Dios!

VIC. Sí, en camarada. Ya sabe usted que yo soy así, un poquito especial, y que puedo ser para usted una buena amiga...

ROB. Es algo, pero...

VIC. Es bastante, es mucho, Roberto...

ROB. ¡Oh, gracias! ¡Eso es, Roberto, así! Es lo que yo quería: mi nombre así, sin tratamientos glaciales en boca de usted es como el rayo de luz que empieza a iluminar mi pobre vida; me anima, me...

VIC. Espérese usted, Roberto, espérese. Yo le otorgo toda mi confianza y le allano a usted el camino. Y así, en buena amiga le pregunto: ¿cuánto?

ROB. ¿Victorita... yo? No comprendo..

VIC. Sí, sí; no tiene usted más que decir una cifra, venga; yo se lo vuelvo a preguntar: ¿cuánto?

ROB. ¿Cuánto? Mucho, Victorita, muchísimo, todo. Pero usted comprenderá estas cosas del sentimiento, son imposibles de fijar en la exactitud prosaica de un guarismo... Yo no comprendo...

VIC. Pues es muy sencillo, amigo Roberto. Usted es un hombre llamado a un gran porvenir...

ROB. ¡Oh, Victoria!...

VIC. Usted debe ser diputado, embajador, presidente del Consejo un día... ¡La patria le necesita a usted...

ROB. ¡Oh, Victoria!...

VIC. Pero ante todo tiene usted que ser diputado; una elección es siempre cara...

ROB. ¡Señorita!...

VIC. Un momento; es usted quien se pone ceremonioso ahora, yo le ruego...

ROB. Siga usted, siga usted... no comprendo...

VIC. Yo tengo mucho gusto en ayudarle a usted, sí, señor; y como soy una mujer moderna y tengo mi criterio personal en estas cosas y creo que a pesar de mi sexo, debo y puedo

servir a mi país en la medida de mis fuerzas, yo, rica, huérfana, mayor de edad y dueña de un millón de pesetas, usted lo sabe, le pregunto al amigo: ¿Cuánto nesesita usted para asegurar el triunfo de su candidatura?

ROB. Señorita: esta es una ofensa que yo no merezco, ni ..

VIC. Y que yo no le hago a usted puesto que no la merece. Mi intención está a la altura de sus merecimientos..

ROB. ¡Oh, no; pero es que!...

VIC. Usted me ha dicho mil veces que le inspiraban una profunda simpatía mi originalidad y la independencia de mi carácter, no me haga usted creer ahora que le asustan, sería una inconsecuencia...

ROB. Pero... esto es una broma, señorita, yo...

VIC. No, yo soy incapaz de bromear con las cosas serias... Comprendo que un caballero al uso de tantos caballeros como andan por el mundo... tenga reparos de aceptar un préstamo de una amiga, por el hecho de ser mujer...

ROB. ¡Naturalmente! Ello significaría...

VIC. Y, en cambio, no tenga inconveniente en casarse con esa misma mujer, por no aceptar el préstamo y apoderarse del total de su fortuna; pero usted no está en ese caso, ¿no es eso?, y como no puedo creer que vaya usted a hacerme una declaración de amor que yo no he autorizado como solemos autorizarlas las mujeres...

ROB. Señorita, basta ya, basta; yo, por devoción a usted me he revestido de una calma insólita, eso es, inusitada e inaudita, y usted...

VIC. Perdone usted. Yo pongo mi amistad y mi fortuna a la disposición de usted; mi corazón no, porque usted no me lo ha pedido...

ROB. Pues bien; si yo se lo pidiera a usted, si yo le dijese aún...

VIC. No, no; yo no puedo admitir semejante supuesto. Los hombres inteligentes sólo se declaran cuando tienen la seguridad de vencer, y usted es un hombre inteligente y no va a exponerse a que yo le diga que, para diputado, me parece de perlas, pero no para

marido, y que comprendo que la patria le necesita a usted, pero yo no le necesito.

ROB. Ni yo necesito de la protección de usted, ni del socorro de usted, ni de nada... yo no pude jamás imaginar que una señorita esmeradamente, eso es, esmeradamete educada, pudiera nunca...

VIC. Yo le suplico a usted que se ahorre una exaltación completamente fuera de lugar, y me ahorre el escuchar nada ofensivo, que sería injusto, después de un ofrecimiento tan desinteresado...

ROB. Y que yo no puedo aceptar. Hay algo dentro de mí que rechaza, que se parapeta... Eso es, se parapeta. ¡Oh, yo no necesito nada de usted.. me ahogo, quiero aire... aire... esto es afrentoso, humillante y ridículo... Quiero aire...

VIC. Pues tiene usted suerte. Me complace hacerle notar que, aunque estamos en diciembre, hace en la calle una temperatura deliciosa...

ROB. A la calle, sí, ya me voy; me voy para siempre... ¡Oh! (Va a hacer mutis a una lateral.)

VIC. Caballero... Por ahí donde va usted es a las habitaciones interiores... Como no quiera usted despedirse...

ROB. No; yo no quiero despedirme de nadie...

VIC. Pues entonces por ahí...

ROB. Por aquí, sí... por aquí a la desesperación, al desengaño, lejos de sus ojos para siempre... le... lejos del romanticismo embustero y falaz, esto es, falaz, que en la exaltación romántica... en que, la... lo... le... yo... señorita... que... mi... ¡Buenas tardes! (Mutis.)

VIC. Muy buenas tardes... ¡Ja, ja, ja!...

ESCENA VI

VICTORIA, DOÑA TERESA y DON ANTONIO, por donde se fueron

TER. Pero, chiquilla, ¿qué es eso de que te ríes?

ANT. ¿Y Roberto?

VIC. Precisamente de él me reía...

ANT. ¿Cómo?

VIC. Acabo de ponerle de patitas en la calle.

TER. ¡Muchacha!

ANT. Pero, ¿cómo? Esto no puede creerse. .

VIC. Pues ya lo están ustedes viendo...

ANT. Pero, ¿qué ha pasado?

TER. ¿Qué le has dicho?

VIC. Lo que se merecía...

ANT. ¡Ah, no, no; esto es demasiado, esto no puede tolerarse ya. Victoria, tus excentricidades, tus originalidades, tienen su límite...

VIC. Que yo no he pasado...

ANT. No me contestes...

VIC. Es que. .

TER. Cállate, hija...

VIC. ¡Pues no me callo, ea! Ya sabéis que los despotismos no sirven conmigo y que no me callo cuando tengo razón...

ANT. ¡Como se entiende! Razón en conducirte como una mal criada, como una loca, con un caballero...

VIC. Con un majadero, con un vivo, que venía por mis cuartos...

TER. Victoria...

ANT. ¡Oh, es horrible! Y habrás sido capaz de decírselo así!

VIC. ¡Naturalmente!

ANT. ¡Oh! ¡Qué dirá, qué habrá dicho, qué habrá pensado; corro a darle una explicación ahora mismo!...

VIC. Si es por cuenta de usted...

ANT. ¿Qué dices?

VIC. Que si es por cuenta de usted, puede usted darle todas las explicaciones que quiera, por haberlo lanzado usted, usted... a dar este paso sin consultar conmigo, sin tener en cuenta mis sentimientos y mi voluntad...

ANT. Basta, basta; no quiero oirte... Voy ahora mismo a ver a Roberto...

TER. Pero, oye, Antonio....

ANT. Yo no puedo dejar ni por un momento, en lo que de mí depende, que mi amigo, el hijo de mi mejor amigo, se considere ofendido, lastimado...

TER. Pero, oye...

ANT. Déjame, déjame tú también... ¡Esto es espantoso! (Mutis.)

TER. Pero Victoria, pero chica, tú ves a lo...

VIC. No me digas nada tú tampoco, te lo suplico.. Hace un instante me decías que no te

importaba que yo desdeñase a ese majadero; luego te vas para dar ocasión a que tuviéramos una entrevista y ahora me riñes... Es absurdo, tía.

TER. Pero oye, ven acá; reflexiona...

VIC. Yo no tengo nada que reflexionar...

TER. Yo me marché porque Antonio me obligó a que me fuera con él, y porque después de todo, era mejor que hablaseis. Además, no me parece que el haberte hecho el amor sea una ofensa para ponerte así...

VIC. Pero lo es, puesto que no di pie, yo no le autoricé. Es una ofensa tan grande como si un hombre me requiebra y me sigue por la calle sin que yo le haya mirado siquiera...

TER. Hija, una galantería siempre es de agradecer...

VIC. Las galanterías de quien nos gustan, sí; las de un pesado, las de un majadero, molestan e irritan, eso es. Yo no tengo la culpa de que haya hombres tan estúpidos que se crean capaces de enamorar.

TER. ¿Pero qué estás diciendo?...

VIC. Digo lo que es. Que no hay tenorios, que es mentira, que las que enamoramos somos nosotras, que es la mujer la que dice con los ojos: «Me gustas, atrévete», porque la mujer es la hembra, la reina, y es la que escoge. Lo demás es una necedad. Un hombre inteligente sabe y comprende cuándo puede atreverse, y cuando no debe no se lanza ni a una galantería, porque las galanterías molestan. Tiempo ha tenido el señor Ruiz ese, tan estirado y tan necio, para enterarse de que no era santo de mi devoción. Insistió en que se lo dijese, y se lo he dicho y no me arrepiento.

TER. Pero, Victoria, si está bien: lo que te censuro es la forma en que lo has hecho, la exageración; ten en cuenta que ninguna señorita en tu caso...

VIC. No me digas eso, que es lo que más me irrita. ¿Qué tengo yo que ver con las demás señoritas? ¿Por qué he de parecerme yo a las demás señoritas? Yo no me parezco a nadie, reacciono ante las cosas a mi manera y estoy muy contenta así.

TER. Sí... muy contenta... y estás rabiando conti-

nuamente y das lugar con ello a que hasta las criadas digan que la señorita está loca...

VIC. Pues, mejor que mejor. Quiero, quiero y quiero; y no me exasperes más, no quieras oirme, ¡ea!

TER. ¡Pues ahí te quedas! Caramba... Cuando te pones así, es imposible hablar contigo...

VIC. Bueno; pues no me hables...

TER. ¡Oh!... ¡Qué barbaridad! ¡Qué locura! ¡Vamos! (Mutis segunda izquierda.)

ESCENA VII

VICTORIA y JUANA, foro, con lo que se indica en el diálogo, y al fin de la escena CARLOS

JUANA Señorita...

VIC. (De muy mal humor.) ¿Qué?

JUANA ¡Señorita!...

VIC. ¡Qué, mujer, qué!...

JUANA Nada, señorita.

VIC. Y entonces, ¿para qué me llamas?

JUANA No, señorita, verá usted...

VIC. En qué quedamos, ¿hay algo o no hay nada?

JUANA Sí, señora; señorita...

VIC. Pues pasa, ven... no te voy a comer...

JUANA Sí, señorita.., Como está usted hablando, no vine antes, señorita Victoria... Ha venido el librero, señorita... y la modista con los arreglos... y... ahí va.. un paquete, señorita... otro paquete... el traje... envuelto en un periódico, señorita... la cinta... una cuenta y la otra cuenta...

VIC. Mira: (Tocando todo lo que nombra.) el piano, los muñecos, las cortinas, el sofá... ¿te enteras? El delantal... la cofia... ¡Las narices!

JUANA ¡Ay señorita!...

VIC. No te asustes, mujer. No hago más que hablarte en tu lenguaje; nombrarte las cosas, como tú.

JUANA Yo no creí que hacía nada malo.

VIC. No, si no es malo, es peor; es tonto. ¿Entiendes? Por las mañanas me haces lo mismo con el desayuno y la correspondencia... El café.. la leche... el azúcar... las cartas... Todo lo nombras. ¿Crees que no veo las cosas? ¿Que no tengo ojos? Con dármelas es

bastante, sin hablar más. Y ahora te llevas todo eso a mi cuarto. ¡Hala! Que aquí no sé qué hacer con ello. ¡Hala, mujer!

JUANA ¡Ay, señorita!...

VIC. ¿Qué?

JUANA Nada, ya voy... (Aparte) Cómo se le ha puesto el genio desde que ha venido el señorito Carlos... (Haciendo mutis.)

VIC. Se me ha puesto como se me ha puesto. De las treinta y cinco cosas que a ti no te importan esa es una. ¿Entiendes? ¡Hala!

JUANA (Aparte.) ¡Treinta y cinco cosas!

VIC. Treinta y cinco, sí, señora; ni una menos, y a no murmurar, que yo lo oigo todo... ¡Hala, vete!

(Aparece Carlos en el foro.)

JUANA Ya voy, ya voy... (Mutis primera izquierda.) ¡Jesús!...

VIC. María y José. ¡Hala, mujer!

ESCENA VIII

VICTORIA y CARLOS, foro

CARLOS Mal humor gastamos hoy, primita...

VIC. ¡Hola! No muy bueno, la verdad.

CARLOS ¿Puedo yo aplacarlo?

VIC. No.

CARLOS ¿Puedo saber qué tienes?

VIC. Pchs... Es una curiosidad tonta; pero puedes saberlo. Tengo, que el señor Ruiz Moguer, sin duda alentado por tu padrastro y por su propia necedad, se declaró hoy al fin y porque le hice notar que perdía su tiempo, tu padrastro y mi tía se han puesto como dos fieras conmigo.

CARLOS Y tú como una pantera con ellos. ¿No es eso?

VIC. ¡Naturalmente!

CARLOS Vaya, vaya. (Pausa.) Conque... ¿le diste calabazas, eh? Pues me alegro. (Pausa.) ¿Comprenderás que me alegre?

VIC. No sé.

CARLOS Pues sábelo, yo te lo digo; me alegro.

VIC. ¿Es que tú también quieres oirme?

CARLOS Sí quiero oirte, necesito oirte.

VIC. Te advierto que estoy de muy mal humor.

CARLOS Mejor; así serás mucho más sincera y yo necesito de tu sinceridad.

VIC. Bueno.

CARLOS Escúchame, Victoria: es necesario que hablemos. Un mes hace que busco la ocasión para atreverme; me he prometido a mí mismo que de hoy no pasa, y no pasa. Yo también tengo carácter, Victoria.

VIC. Yo tengo más. Y puesto que tú lo quieres y yo no le temo a esta entrevista, sea: ¿qué quieres de mí?

CARLOS ¿Necesitas que yo te explique por qué he vuelto?

VIC. No; acaso necesitaría que me explicaras por qué te marchaste; pero tampoco quiero.

CARLOS ¿No quieres?

VIC. No. ¿Tienes algo más que decirme?

CARLOS ¡Victoria!

VIC. Mira, si yo no me atrevo, tú no vas a atreverte nunca. ¿Quieres que hagamos un poquito de historia?

CARLOS Yo te ruego...

VIC. Verás: hace cinco años, tu leíste en mis ojos que te quería, y leíste bien, no me avergüenzo, soy sincera. Entonces, con muy bellas palabras... me dijiste que yo era la musa de tus sueños, que me adorarías toda la vida...

CARLOS Y toda la vida...

VIC. Déjame acabar. Un buen día, sin una razón, sin una disculpa, te marchaste lejos, muy lejos, sin importarte que yo me quedara llorando...

CARLOS Victoria...

VIC. Llorando, sí. Llorando unas lágrimas que me limpiaron para siempre de la mentira de tu cariño... Sss... aguarda.. Ahora vienes a decirme otra vez que me quieres, sí, te entiendo. ¡Pero ya es tarde... tarde, Carlos! Mataste a la quimera, ya no eres el poeta, ni el soñador; eres... un comerciante, viudo, rico, y vienes a proponerme que yo sea la madre del hijo... de otra mujer... ¿No es eso? ¡Ah! No, Carlos, no. Te quise, fuiste mi primer amor, el único, el que me hizo soñar... Pero aquel por quien soñaba... ¡no ha vuelto todavía!

CARLOS Primita, yo...

VIC. No, entiéndeme; si te estoy agradecida; por ti me he convencido de que el amor es una comedia, un embuste... y ya no querré nunca, ni me casaré nunca, ¿entiendes? Eso te debo. Una gran tranquilidad de espíritu. Tu partida inesperada, sin una explicación, me hirió en lo más hondo, me hizo daño, lo confieso.

CARLOS Y aún me guardas rencor...

VIC. No; yo no soy rencorosa. He olvidado el daño, te lo juro. Pero he olvidado también para siempre a quien me lo hizo. Oyelo bien: para siempre. Y ahora, creo que ha terminado nuestra conversación. (*Medio mutis.*)

CARLOS ¡Victoria! (*Ella se vuelve sin frase.*) No te vayas. Es necesario que me escuches. Si no hablase me moriría. ¿Sabes por qué me fuí? ¿Sabes por qué huí del encanto de tu persona?

VIC. Calla, no sigas, no mientas. Tienes un hijo, te casaste lejos... ¿Qué palabras tuyas pueden desvirtuar los hechos?

CARLOS Las palabras de mi sinceridad, que quiere hablar y habla al fin, rogando que me escuches. Yo sentía junto a ti el más horrible de los desalientos; me sentía inútil, pobre, desvalido, miserable, porque tú eras rica, porque tenías una fortuna... No, no; déjame hablar, Victoria. Todo el mundo decía, lo dicen aún, tú lo sabes, que en mi casa te habían recogido por tu fortuna, sí, y temí que pudieran decir lo mismo de mí, que me quería casar contigo por tu dinero, y temblé, porque te adoraba, pensando que tú misma pudieras sospecharlo un día...

VIC. ¡Yo! ¡Que yo pudiera pensar!...

CARLOS Tú, sí ¡El pensamiento es traidor! Entonces sentí la necesidad de ser rico, de tener yo también mucho dinero, más dinero que tú, y ahogando mi pena, y tragándome mis lágrimas, me fuí lejos, a reconstruir mi vida para poder ofrecértela, porque te adoraba con todas las ansias de mi juventud, con todos los sueños de mi mente, con toda la sangre de mis venas, Victoria. Y allá lejos, padeciendo, luchando, mientras el pensamiento no se apartaba de ti...

VIC. Te casaste con otra mujer...

CARLOS ¡Oh, no, no seas cruel! Me casé porque la vida lo quiso; porque soy un caballero; porque tuve un hijo, entiéndeme. La vida manda, y el deber... es el deber, Victoria. Pero la madre murió cuando aún no había muerto en mí el recuerdo de tu amor, que decidió mi vida, y entonces, ante el dolor de la ausencia, ante mi hogar deshecho, sentí una voz que me cantaba en el alma: «Vuelve a tu casa, vuelve a tu España, las cosas son cuando deben ser; vuelve al amor de tu vida.» Y entonces vine con el corazón abierto a la esperanza; vine a buscar una madre para mi hijo y a buscar una compañera para mí. ¡Te quiero, Victoria, te quiero!

VIC. (Muy emocionada.) ¡Calla, calla!

CARLOS Te quiero con toda mi alma...

VIC. No, no te acerques, te lo ruego; no te acerques, no; no te fíes de mi emoción... No te quiero... Es por el niño, es por Carlitos; yo no puedo creerte...

CARLOS Victoria...

VIC. Pero no quiero que pienses mal de mí, ni que supliques más... y voy a complacerte...

CARLOS ¡Ah!...

VIC. A medias... Sí, a medias. Déjame; yo no tengo vocación de casada... Seré una madre para tu hijo; ya lo estoy siendo; pero no puedo ser tu mujer.

CARLOS Pero...

VIC. (Ya repuesta.) Mi voluntad tiene cinco años. Ya se ha hecho vieja en mí y no puedo torcerla. Seré una madre para tu hijo, pero nada más. Mi resolución es irrevocable. Y ahora, oye, piénsalo; puesto que estás enamorado de mí, ya ves que te creo... nosotros no podemos vivir bajo el mismo techo.

CARLOS ¡Victoria!

VIC. Hablo con el caballero. Compréndelo. El amor, ya ves que quiero creer en él, te lo repito, no puede ocultarse. Murmurarían, me comprometerías... Y como yo no tengo casa, como estoy aquí recogida, como no puedo irme... Sé generoso...

CARLOS Me iré yo. Entendido. Me iré yo. Diré a mi madre que estoy acostumbrado a mi vida de soltero, que necesito de mi libertad, que... mis negocios, en fin... y Dios te perdone si

esto es una venganza tan injusta como innoble.

VIC. ¡Carlos!

CARLOS Sí. Yo podría vengarme también y llevarme a mi hijo... sí, en uso de mi perfectísimo derecho; pero harto sé por mi desgracia la felicidad que significa vivir a tu lado, y ya que yo no puedo gozarla, no quiero privarle de ella al pobrecito. Me voy ahora mismo. Ya mandaré por mis cosas: ya escribiré o me explicaré con mi madre. Vendré a ver al chico de cuando en cuando, sin verte a ti. Te dejo al niño hasta que te cases...

VIC. ¡Oh, eso no!...

CARLOS Sí; te casarás... Y entonces me lo llevaré y sufrirá él también. ¡Pobrecito! Tarde o temprano tiene que sufrir su pena. Yo te perdono por él y por mí, y que Dios te perdone también tanta locura y tanta soberbia.

VIC. ¡Carlos!.

CARLOS Basta. Es inútil prolongar esta escena dolorosa, y sé que contigo no vale insistir... Adiós... (Medio mutis.)

VIC. ¿No me das la mano, Carlos?

CARLOS No; te quise dar mi vida y tú no la has querido, tú sabrás lo que has hecho. ¡Adiós!

(El hace mutis. Ella da dos pasos hacia la puerta, duda y corre al balcón y pega la frente a los cristales.)

ESCENA IX

VICTORIA y TERESA segunda izquierda

TER. Victoria.

VIC. (Volviéndose.) Madre... Mamaíta. (Rompe a llorar.) ¡Perdóname!

TER. ¡Victoria!

VIC. Nadie lo siente más que yo.

TER. ¿Pero el qué? ¿Qué es lo que sientes? ¿Qué ha pasado?

VIC. Nada, nada. Ya lo sabrás... Perdóname, perdóname. (Llora en sus brazos.)

(Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



Tijeras- -carta-

ACTO TERCERO

Habitación de estudio y labores de Victoria. Toda blanca, caprichosa y moderna, con un balcón al foro y una lateral a cada lado. Un escritorio, una mesa de labores y un piano. En el balcón, tiestos con flores y una jaula dorada con un canario.

ESCENA PRIMERA

Es una mañana de primavara. Por la ventana abierta entra la luz a raudales. Al levantarse el telón salen poi la izquierda VICTORIA y el DOCTOR, un hombre joven y apuesto

DOCTOR Y adiós, Victoria.

VIC. Le acompaño a usted hasta la puerta, doctor.

DOCTOR No, no, de ninguna manera. Aquí cesa su peregrinación por los pasillos. No le consiento a usted salir de su nido.

VIC. Pero, doctor, si yo tengo un gusto...

DOCTOR Y yo también, ¿qué se cree usted? Y más aún si la compañía de usted fuera para toda la vida.

VIC. Doctor...

DOCTOR Por favor, no se me ofenda usted. ¡Cuidado! No es una galantería. Ya sé que usted no gusta de cumplidos; es una sinceridad inofensiva de hombre casado. ¿No me autoriza esta circunstancia y el apostolado que ejerzo para desahogar en un arranque de franqueza mi admiración? Le digo a tanta gente al cabo del día «esa tos no me gusta, esa

palidez me inquieta», ¿que por qué no he de decirle a usted esa cara y ese porte y ese cáracter me encantan y me parece usted muy buena y muy bonita? Es una compensación que me doy a mí mismo.

VIC. ¡Oh, gracias, doctor, es usted muy amable...

DOCTOR Es justicia... Y ahora, adiós.

VIC. Bueno; y quedamos en que usted me asegura que la salud de Carlitos es completa, y que...

DOCTOR ¿Pero qué falta le hace a usted mi opinión si los hechos hablan por sí solos más y mejor que yo? ¿No he venido a ver a mi enfermito? ¿No me encuentro con que se ha ido de paseo? Pues basta.

VIC. Créame usted: por mi voluntad no hubiera salido. Pero su padre vino por él, se empeñó, y por no discutir...

DOCTOR Pero si no es reproche, Victoria. Es una demostración de la buena salud del niño la que yo quería darle. ¿Qué pensarían los mozos de una agencia funeraria si al ser llamados se encontraran con que el muerto... se había ido a los toros?

VIC. Doctor, ¡qué comparación!... ¡Me asusta usted!

DOCTOR Perdóneme. En efecto, es un poco macabra, de médico al fin, que siempre lidiamos con la muerte, aunque no matamos a nadie. El llamarnos matasanos es una ingratitud y una grosería del vulgo. Nosotros devolvemos muchas veces la salud cuando podemos, lo que no podemos nunca es conceder el don de ser eternos a los mortales. ¿Qué charlatán soy, verdad? Perdóneme; como con usted no hablo de medicina... pues me gusta charlar...

VIC. Pero, doctor, es que yo quisiera...

DOCTOR Vaya, veo que se empeña usted en que hable el médico. Pues habla, sí, señora, y dice que el nene era un caso perdido. Era, ¿eh?... Después de su ataque de eclampsia yo no me atrevía a responder: ahora, sí. Está sano, sanísimo; y ha hecho muy bien en ir a tomarse su ración de sol. ¿Es eso lo que quería usted? ¡Pues ya lo sabe! No tiene que temer nada por la salud de su hijito...

VIC. ¡De mi hijito!

DOCTOR ¡Ay, perdón! ¡Qué cabeza la mía! Ya sabe que el que mucho habla, mucho yerra. Me he empeñado en que el nene es hijito de usted. Perdóneme. Bien es verdad que el angelito se merece una madre como usted.

VIC. Doctor, hablando de otra cosa Mi tía no está; pero... yo le ruego que envíe usted su cuenta aquí, a casa, y no a su padre... Es un capricho mío...

DOCTOR Pero como yo también tengo mis caprichos, no se la envío ni a su padre ni a usted. Se lo ruego... Ustedes son ricos, yo también, gracias a las epidemias, y puedo y quiero darme el gusto de no cobrar un céntimo por mi asistencia al nene.

VIC. Pero...

DOCTOR Un momento... Es por mi amistad con Carlos, a quien quiero mucho, porque es un muchachote de oro... ¡Así, de oro! Luego me desquitaré si el nene tiene un hermanito, que será mi cliente, ¿verdad? Bueno, y adiós, no quiero que piense usted que vengo aquí a hacer otros oficios que el de médico...

VIC. Doctor, (Corre al balcón.) ¿quiere usted ser tan amable que lleve unas rosas a su mujer en mi nombre?

DOCTOR Señorita...

VIC. Verá usted. (Coge unas tijeras y va al balcón.) ¡Tengo un rosalito más mono y más cumplido! Todos los días me da dos o tres rosas el pobre. Vea usted, vea usted ésta qué hermosa, qué colorada... ¡Dan ganas de gritar mirándola!... ¡Lléveselas usted!

DOCTOR ¡Dan ganas de gritar!... Mi mujer, que es sevillana, también diría viéndola a usted..., ¡que está usted para chillarla!

VIC. ¡Ja, ja, ja!

DOCTOR Y ahora sí huyo; que a usted no le gustan los piropos, Victoria.

VIC. Adiós, doctor, y un millón de gracias...

DOCTOR Las que usted tiene... ¡Beso a usted la mano! (Mutis derecha.)

ESCENA II

VICTORIA, que da saltos y bate palmas muy alegre, y JUANA que sale por la izquierda con una regadera. Luego TERESA por derecha

VIC. ¡Qué gusto, qué gusto!

JUANA Señorita...

VIC. ¡Juana, qué gusto! El muñeco está ya bueno. ¡Qué gusto! ¡Ven, vamos a bailar!

JUANA Señorita, ¿qué le pasa?

VIC. ¿Qué me ha de pasar, mujer? Que creíamos que Carlitos se nos moría, que ya no se muere, y que estoy muy alegre. ¿Venías a regar? Anda, trae, yo regaré...

JUANA ¡Ay, señorita, que lo pondrá usted todo perdido!

VIC. (Viendo entrar a Teresa, que llega de la calle. Deja a Juana y corre a ella. Mientras Teresa y Victoria hablan Juana riega las plantas y hace mutis con la regadera por donde salió) ¡Tiita! ¡Tiita!... (La besa.)

TER. Buenos días, Victoria. Toma. (Dándole un paquete.) Los botones que encargaste; es decir, parecidos. Iguales ya no vienen.

VIC. Gracias.

TER. Míralos a ver...

VIC. (Mirándolos.) Sí, están bien; muchas gracias. Son muy monos y le irán muy bien al traje.. ¿Verdad?

TER. Por eso los he traído... ¿Y Carlitos?

VIC. Se fué con su padre que vino por él. ¡Iba más alegre!...

TER. ¿Y tú estas alegre también?

VIC. ¡Figúrate! El doctor acaba de marcharse, no sé cómo no te lo has encontrado en la escalera. No quiere cobrar nada. Dice que Carlitos está ya bueno del todo. Se entretuvo aquí un buen rato,.. ¡Más hablador y más zalamero! ¡Jesús! Dice que el nene estuvo muy grave: que esos ataques, de eclampsia infantil creo que se llaman, son muy peligrosos, pero que ya está como nuevo mi Carlitos. ¡Pobre mío!

TER. Ya veo que estás contenta.

VIC. Y además, ¡mira qué día, qué luz! La primavera también ejerce su influjo en mí.

Solo me falta el canto de pichichi... ¡y está en la muda el muy tunante! Apropósito de tunantes... Toma, tiita; entérate de esa carta, te vas a reir.

TER. ¿De quién es?

VIC. Del idiota de Ruiz Moguer. Aún insiste. Dice que no puede comprender mi desvío, que no se resigna... Una sarta de necedades en su estilo florido.

TER. ¡Caramba! Y lo peor es que Antonio lo apoya y se ha puesto de acuerdo con Sagrario y con Concha... Hoy quieren celebrar contigo un consejo de familia... Hablarte, convencerte...

VIC. Pero ¿de qué? ¿Para qué?

TER. Ya sabes cómo es mi marido. Yo te encarezco, Victoria, que seas prudente; niégate, resístete, no tienen derecho a torcer tu voluntad; pero... con moderación, no hace falta pelearse...

VIC. Descuida, pero no comprendo...

TER. Como Antonio es el peor enemigo de mi hijo, y lo de Carlos no ha pasado inadvertido para nadie en esta casa...

VIC. Carlos es...

TER. No, si yo nada te digo, Victoria. Adiviné tus primeros amoríos. Llorando viniste a mis brazos aquella tarde, después de que mi hijo se marchó de esta casa por ti...

VIC. No, por mí no, tía. Yo no podía hacer más que lo que hice. Carlos ha procedido conmigo siempre de una manera intempestiva... Cuando se marchó la primera vez, cuando me habló de amor la segunda... Tú lo sabes, tú lo viste... Cuando Carlitos se puso malo, que él ni a verlo vino en dos semanas, y yo, arrastrándolo todo, la noche del ataque del pobrecito, fuí a buscarle... Ya sabes con lo que me encontré en su casa. Dios es testigo de que fuí arrepentida de haber sido dura con él. Creí que me quería, que estaría solo, triste... Fuí a llamarle porque su hijo se moría y me encontré con una fiesta, con una bacanal... De las habitaciones contiguas a la salita, llegaban ruidos de guitarras, risas de mujer, voces... En fin... no quiero acordarme ..

TER. Yo no te reprocho... aunque se trate de mi

hijo, y por lo mismo yo no quiero meterme en los asuntos de tu corazón. Allá tú, vosotros. Claro, cuando estuvo aquí por la gravedad del chico y velábais juntos, yo creí que...

VIC. Sí; él intentó una reconciliación sentimental de novela cursi aprovechando las circunstancias; pero yo, la verdad, yo no podía creerle, eran demasiadas cosas las que me había hecho. ¿No te parece?

TER. Yo nada te digo.

ESCENA III

DICHAS, FELIPE y CARLITOS por la derecha

FEL. Aquí está este barbián.

VIC. (Cogiendo al niño.) ¡Chiquillo!... ¡Corazón!...

FEL. Muy buenos días, querida hermana. Bueno, yo...

TER. ¿Ya tenemos?

FEL. No tenemos nada. (Se pone en un pie.) Mirad, vengo en perfecto estado de equilibrio. ¡Calumnias no!

TER. ¡Pero si te bailan los ojos!

FEL. No sé, no me los veo. Pero... también me baila el corazón. ¡Es alegría general! ¿Pero de aquí? (Señal de beber.) ¡Nada! Hace dos días que no lo cato.

VIC. ¡Dios quiera que dure!...

FEL. ¡No lo creo!... ¡Soy franco! Bueno. Traigo una misión seria. Carlos me ha acompañado hasta la puerta. Me encargó que subiera al chico (A Victoria.) y que te pidiera una audiencia.

VIC. ¿A mí? ¿Pero todavía no está convencido?

FEL. No sé de qué tenga que convencerse. Te pide una entrevista... yo cumplo el encargo.

VIC. Pero... ¿para qué?

FEL. ¡Ah!... Eso... yo... ¡una tumba! ¡Estoy sano!

VIC. Sí, una tumba ahora. Después de que tú has sido quien lo aconsejó y lo arrastró a...

FEL. Mira, sobrina, yo he sido fiel a mi papel de salvador. A ti te salvé de las aguas; a Carlos lo quise salvar de tu amor, es decir, de tu desamor. Si yo fuera un moralista, le hubiera predicado moral, ética. ¿No se dice así? Si

fuera músico, le hubiera enseñado a tocar... el acordeón, que... (Moviendo los dedos como si lo tocara y marcando las palabras.) es muy bueno para quitar el mal humor.. Como no soy más que un alcohólico eminente... Pues... ¡Nada! Bueno... ¿Respuesta que debo dar?

VIC. (A Teresa.) ¿Tú crees que debo recibirle?

TER. ¿Yo? Por lo mismo que se trata de mi hijo... yo no puedo aconsejar.

VIC. Dile que venga.

FEL. ¡Ni media palabra más! (Mutis por donde entró.)

VIC. Y tú, (A Teresa.) llévate al chico y déjame sola con él.

TER. Bueno... como quieras. Yo no te digo nada, ¿eh? Se trata de mi hijo, pero no te digo nada.

VIC. Anda, nene, anda...

TER. (Medio mutis.) Victoria... Yo no te digo nada, ¿eh?... No quiero decirte nada, hijita... (Le da un beso.) Anda, (Al niño.) vamos. (Mutis ella y el niño.)

ESCENA IV

VICTORIA y CARLOS por la derecha

CARLOS Buenos días, Victoria.

VIC. (Tendiéndole la mano.) Buenos días, Carlos. Siéntate.

CARLOS Gracias. (Sentándose.) Te extrañará que haya venido...

VIC. No sé. Cuando te oiga veremos.

CARLOS Victoria... tu conducta conmigo es... incalificable.

VIC. ¿Y la tuya?

CARLOS Vamos por partes, ¿quieres? Vamos con la tuya antes. Tú me echaste de esta casa.

VIC. Yo no te eché, siempre te has ido por tu gusto.

CARLOS Que tú me digas eso...

VIC. La primera vez...

CARLOS Pero la segunda yo no tenía más remedio...

VIC. ¿Por qué no hablamos de la primera?

CARLOS Tú sabes por qué me fuí...

VIC. Porque tú creíste que yo iba a sospechar que me querías por interés, ya me lo has dicho. ¡Primera ofensa tuya!

CARLOS ¡Ofensa!

VIC. Sí, señor. Me juzgaste demasiado humilde. ¿Creíste que yo no había de encontrar méritos en mí, para suponer que me quisieras por mí misma?

CARLOS Victoria... yo...

VIC. ¿Qué?... Ya ves cómo no tienes qué decir...

CARLOS Tengo que decir que cuando volví a ti por tercera vez, me volviste a echar...

VIC. Volviste porque yo te llamé, porque el niño estaba enfermo.

CARLOS Pero...

VIC. Sss... Ten paciencia. Junto a la camita del nene iniciaste un acercamiento que era completamente de literatura, y en el cuál yo no podía creer. Por eso cuando sanó el niño, te supliqué que te marcharas... Después de lo que habías hecho...

CARLOS ¿De lo que había hecho?

VIC. Sí. ¿No te acuerdas con lo que me encontré el día en que aturdida por la gravedad de Carlitos, cometí la locura, sí, la única locura de la señorita loca, de ir a tu casa a llamarte? Esa es la vida de los hombres, ¿eh? ¡Esas sus diversiones! Pues valientes... mamarrachos, por no decir otra cosa, estais los hombres... Unas señoritas equívocas, y mares de vino para embrutecerse... ¡Qué asco!

CARLOS Victoria, yo necesitaba el olvido, aturdirme, y...

VIC. ¡Ay, Carlos! ¡Qué argumento tan pobre...

CARLOS ¿Pobre?

VIC. Mira. ¿Qué hubieras pensado de mí, si cuando tú te fuiste la primera vez, yo me hubiera escapado con el chauffer?

CARLOS ¡Pero Victoria!

VIC. Sí; no te asustes... o con un torero de fama, o me hubiera casado ahora con el señor Ruiz Moguer. ¿Qué hubieras dicho? Yo también podía invocar mis desengaños, decir que la desgracia me había empujado, que todo fué un momento de excitación... sentimental. ¡Bah, pretextos! Son las eternas disculpas de todas las pecadoras. ¡Si las oyes a ellas! Todas son unas incomprendidas, unas víctimas, unas... sentimentales, y... ¡son otra cosa, Carlos! Y vosotros igual. Me embriagué por olvidar, me dí a la crápula por atur-

dirme... ¡Oh, mentira y vicio, nada más que vicio! Uno no se embriaga más que por tres cosas. Porque el alcohol le gusta al paladar; porque le dé por dentro al cuerpo una alegría ficticia, una energía momentánea, agradable como un tónico... o porque le gusta al paladar y al cuerpo a la vez. Ahora tú me dirás a qué categoría de borrachos perteneces; si a la primera, a la segunda o a la tercera... ¡Tú dirás, te oigo!

CARLOS ¿Quieres ofenderme, eh? (Levantándose.) Pues yo lo único que digo es que venía a hablarte seriamente, y sólo por un exceso de amabilidad, y que te dejes de bromas y de pullas porque es necesario que me escuches en serio...

VIC. ¡Caramba, primo!...

CARLOS Mis negocios me reclaman en Nueva-York y debo marcharme...

VIC. ¡Pues buen viaje!...

CARLOS Y tengo que llevarme a mi hijo...

VIC. ¡Llevarte a Carlitos!...

CARLOS Sí. Yo no puedo dejarlo, yo no debo dejarlo...

VIC. Carlos... ¿Pero es posible? ¿Es una venganza?

CARLOS Si fuera una venganza no hubiese venido. Soy su padre, tú no tienes ningún derecho... y como no quieres...

VIC. ¿Y vas a hacer desgraciada a esa criatura que no quiere en el mundo a nadie como a mí, que no puede estar más que conmigo, que ..? ¡Qué egoísmo! ¡Qué horror!

CARLOS ¿Tú crees eso? Pues mira; aunque no tienes ningún derecho, porque yo soy su padre .. Transijo en preguntarle al niño con quién quiere irse... Ya ves... Parece un absurdo...

VIC. ¿Ah, sí? Y lo que él diga, lo que él quiera harás... ¡Juana, Juana!...

ESCENA V

DICHOS y JUANA izquierda. Luego el niño CARLITOS

VIC. Ahora lo veremos. Pero tú me prometes que...

JUANA Señorita...

VIC. Trae a Carlitos... Haz el favor... (Mutis de la criada.) Tú me prometes que harás lo que diga el niño.

CARLOS Lo prometo.

VIC. Pero sé formal esta vez siquiera; lo que él diga, lo que exprese espontáneamente. No trates de contrariarlo... ni de...

JUANA Señorita, el niño. (Sale con él.)

VIC. (A Juana, que hará mutis en seguida.) Trae... vete. Ven acá, hijito, (Sentándose al niño en la falda.) ven acá... Yo te he enseñado a decir la verdad siempre... y ahora vas a decirla ¿me oyes? ¡La verdad! Papá tiene que irse, ¿entiendes? Papá se va a Nueva-York... yo me quedo...

CARLOS ¡Carlitos!

VIC. Tú te callas... A ver, dime. ¿Con quién quieres irte?... ¡Contesta! ¿Con papá? Ya no ves nunca más a mamita Victoria... ¿Quieres irte con papá o quedarte conmigo?... Contesta.

CARL. ¡Con papá!

CARLOS ¡Ay, ya lo oyes!...

VIC. ¡Con papá! ¡Tú dices eso, tú!... (Rechazando al chico que Carlos cogerá inmediatamente.) ¡Pues vete, vete ahora mismo, vete!..

CARLOS ¡Victoria!

VIC. ¡Llévatelo, llévatelo, lejos, vete de aquí con él, para siempre!... Yo volveré a mis muñecos. ¡Vete pronto, vete!... ¡Qué horror! ¡Hombre había de ser! ¡Ingrato desde pequeñito! ¡Qué horror, qué pena!

CARLOS Hijito, no te asustes... Victoria.

ESCENA VI

DICHOS y FELIPE. Luego TERESA lateral

FEL. (Saliendo un poco borracho.) Sobrina...

VIC. ¿Tú también ahora?

FEL. Yo vengo cuando debo venir y medio preparado para decir la verdad.

VIC. No quiero oir nada, no quiero saber nada, váyanse todos. ¡Tú también!

FEL. Pues tienes que oir. Carlitos, el chico, ha contestado así, porque nosotros lo aleccionamos.

VIC. ¡Tío!

FEL. ¡Sí! Yo soy el Evangelio. ¡Nada! Beodo, pero verídico; entre su padre y yo, todos estos días que nos lo llevábamos de paseo. A fuerza de bombones y de golosinas, le enseñamos al chico que llegada esta ocasión debía preferir a papá, para que tú te decidieras a erigirte en mamá. ¡Esto es!

VIC. Pero, ¿es posible?

(Carlos le manda al chico.)

CARL. ¡Mamita Victoya!

VIC. Ven, ven y perdóname, monito mío. ¡Ven, mi vida! Ya sabía yo...

TER. (Saliendo.) Victoria. Antonio y tus tías.

VIC. Pero, ¿qué quieren ahora?

TER. Vienen a hablarte, ya sabes... El consejo de familia que...

VIC. Pues me van a oir.

TER. Por favor.

FEL. (Por Carlos.) Yo me llevo a éste y vuelvo en seguida. Vuelvo. ¡Con armas! ¡Te voy a salvar del naufragio por segunda vez! Vamos. (Mutis con Carlos.)

TER. Te suplico moderación, prudencia. Deja al nene.

VIC. No, no; él se estará quietecito. ¡Es mi baluarte! (Le besa.)

ESCENA VII

VICTORIA, DOÑA TERESA, CONCEPCION, SAGRARIO y DON ANTONIO, que entra. Luego FELIPE

CONC. Victorita... (Besos.)

VIC. Buenos días.

SAG. Querida Victoria.

ANT. Bueno, bueno; ante todo, deja al chico.

VIC. Pero, ¿por qué? Si no molesta.

ANT. Te suplico que lo dejes. No debe estar aquí.

VIC. Como quiera usted.

ANT. Anda... (Al niño.) anda, nene, a jugar. ¡Haía! (Mutis el niño.) ¡Vaya, así! Siéntense, siéntense, por favor. Espero, querida hija, tengo que llamarte así, espero que Teresa, cumpliendo mi encargo, te habrá dicho ya el objeto de esta reunión. Nosotros hemos...

VIC. Sí, ya sé, pero debo advertir...

ANT. Siéntate, siéntate y óyeme primero. Como nosotros, la única familia que te queda, estamos obligados a velar por tu porvenir...

CONC. Muy bien, muy bien.

SAG. Y el porvenir de una joven honrada, de una niña...

ANT. Un momento, Sagrario, déjenme hablar. De acuerdo todos en que lo que más te conviene es casarte con un hombre serio... con un...

FEL. (Que sale con una botella de jerez y una copa.) Muy buenos días.

CONC. ¡Felipe!

SAG. Querido primo.

ANT. Nosotros, querido Felipe, estábamos...

FEL. ¡Nada! Esto es un consejo de familia, ¿eh? ¡Bueno! Pues como yo soy también de la familia... ¡Servidor de ustedes!

CONC. Ay, Felipe...

ANT. Pero, hombre...

SAG. Primito...

FEL. ¡Nada! Vengo armado y cargado y me van a oir. Llevo dos y esta es la tercera y va mediada... Conque... (Se sirve una copa y bebe.)

ANT. Hombre, Felipe, yo te ruego, esto es una cosa seria.

FEL. (Por la botella.) Y esta es una cosa más seria... Se trata de obligar...

ANT. Felipe...

FEL. ¡Nada! Se trata de obligar a mi sobrina, la náufraga, aquí presente...

SAG. ¡Por Dios!...

CONC. Por favor...

FEL. ¡Nada! A naufragar de nuevo, casándola con don Roberto Ruiz Moguer, ilustrísimo cuco, que en pos del dinero pretende el himeneo con mi sobrina, para llegar después al himeneo con la política, donde todavía hay más dinero.

VIC. Así es la verdad.

FEL. Chulería de la clase más refinada. Ambición amorosa, patriótico gubernamental.

ANT. Felipe, yo te encarezco..

FEL. Será mucho más cómodo y más breve... que no me encarezcas nada y me dejes en el uso de la palabra. Así acabamos antes, porque yo no pienso callarme. Felipe me llamo... traigo embotellada la filípica y no tengo

costumbre de dejar nada embotellado. Yo lo destapo todo. Tú, mi señor cuñado, protegías de una manera vaga al chulesco barbudo que nos ocupa.

ANT. Pero...

FEL. Que nos ocupa. Le protegías vagamente. Acaso con la sanísima intención de dársela con queso.

CONC ¡Ay, pero qué modo de hablar!

FEL. Con gruyere .. ¡eso es! Y torearlo con largas y quedarte con la chica y la administración de los bienes de la chica. Pero después que llegó como un cometa mi sobrino Carlos, que no es retoño de tu tronco... ante el peligro de que él se la lleve con todo su dinero a la fabulosa tierra del Cake-Valk, optas por casarla con don Roberto, para tener di nero cerca. Como el gitano.

ANT. ¡Felipe, yo te prohibo!...

FEL. ¡Gitanazo! ¡Ah! Pero aquí estoy yo, Felipe el náufrago. El salvador, Moisés y Noé, todo en una pieza.

ANT. ¿Pero qué estás diciendo?

SAG. Pero, hombre...

CONC. Primo...

FEL. Digo la verdad. ¡Este me ayuda! (Por el jerez.) La verdad.

ANT. Invenciones, calumnias, eso es lo que dices.

CONC. ¡Disparates!

FEL. Sss... pare usted la jaca, señora. Cuando yo cojo una mordaga tan curiositá como ésta...

SAG. ¡Ay, Jesús, qué terminachos!

FEL. Cuando yo pesco una merluza como ésta, lo que digo va a misa y no me desdigo. El señor Ruiz Moguer es... un animal.

ANT. Tú no eres quién para juzgarle.

SAG. Claro.

CONC. No faltaba más.

FEL. Nada. El señor Ruiz Moguer es un animal, cuyo padre cubrió el desfalco.

TER. Felipe, cuidado.

CONC. ¡Oh!

ANT. Sé lo que vas a decir y no te lo consiento antes te echo de aquí.

FEL. ¡Cá, yo no me voy! Pega... pero escucha.. como dijo el otro... el que lo dijo.

ANT. ¡Oh!...

SAG. Pero esto es inaudito, esto es horrible.

FEL. Yo no me voy hasta que el álcali volátil de la hipocresía y del buen juicio no venga a despejar ésta gloriosa papalina de mi sinceridad. ¿Eh? ¡No me voy!

ANT. ¡Pues me voy yo! No quiero oirte, no puedo oirte, no puedo consentir que me insulten en mi casa. ¡Y sé lo que tramas!

FEL. Pues oyes...

VIC. Tío, basta.

TER. Pero, Felipe... Antonio... oye... espera.

ANT. No, no, me voy; déjame.

FEL. (En la puerta.) Pues me oyes... Cuando tú eras cajero de la casa Minguez, el año ochenta y ocho, y robaste..

CONC. Hombre, por Dios.

VIC. ¡Tío!

TER. Calla, calla.

FEL. El padre de Ruiz cubrió el desfalco, la estafa que hizo tu marido, y por eso en agradecimiento...

CONC. Oh, esto no se puede consentir en la familia; es un bochorno espantoso.

TER. ¡Ay, Señor!

SAG. Estás borracho, Felipe.

FEL. ¡Naturalmente! Pues... si no estuviera borracho, ¿diría todas estas cosas tan bonitas?

SAG. Nosotras...

FEL. Vosotras estáis vendidas a Antonio. Y como no tenéis dinero, no dejáis que sea feliz quien lo tiene.

CONC. ¿Pero tú oyes esto, Teresa?

SAG. ¿Y tú no dices nada, Victoria?

FEL. Vosotras sois una colección de cuervos, loros y otros animales de rapiña. ¡Puaf!

SAG. Basta, basta, vamos. ¡Vámonos ahora mismo!...

CONC. Vámonos, esto no puede oirse.

SAG. Esta casa está maldita.

TER. Pero oigan... Pero, Concha, Sagrario.

CONC. Vámonos, vámonos.

FEL. ¡Déjalas, Teresa! Esta casa está ya libre de pajarracos de mal agüero.

CONC. ¡Jesús, Jesús!

SAG. Vámonos, vámonos. (Haciendo mutis.)

FEL. (A la puerta.) ¡Fuera!

TER. Pero, Felipe.

FEL. (A su hermana.) ¡Y tú! (Transición.) Tú, no; al fin eres madre de Carlos y casi madre de

Victoria. Tú sólo quieres su felicidad. (A Victoria.) ¿Voy por él? Te advierto que te ha hecho una colección de madrigales... que pasman.

VIC. ¿No había renunciado a la poesía, no había matado a la quimera?

FEL. ¡Cá! Renunció porque se imaginó que te disgustaba.

TER. ¡Señor, Señor! (Aparte.)

VIC. Pero estaba tonto, entonces.

FEL. ¡Sí! Y ahora está loco, ha vuelto a hacer versos. ¿Voy por él? Si le llamo habrás demostrado una cosa: que los locos que no están en el manicomio por orden del alienista, los locos que andan sueltos, son los que tienen razón, y bondad, y sinceridad, y hasta juicio, y me habrás proporcionado a mí un triunfo, el haber convertido mi vicio en un ideal. Si dices que sí, habrás hecho de mi borrachera un apostolado. ¿Voy por él? (Ella hace señas de que sí.) ¡¡Ah!! (Llamándole.) Carlos, Carolus, oye... vieni qua.. (Sale corriendo.)

ESCENA ULTIMA

DICHAS y FELIPE, que vuelve con CARLOS

TER. Pero, chiquilla. Yo no sé lo que veo. Así en un momento. ¡Y qué dirá mi marido cuando vuelva!

FEL. (Con Carlos.) ¡Anda, corre, abrázala!

CARLOS ¡Victoria!

VIC. No, nada de abrazos, nada de finales de teatro. Tiempo hay para abrazarnos a solas si llega el caso; pero he de poner mis condiciones muy severas; me has de prometer antes. .

FEL. (A Teresa.) ¿Eh? ¿Qué opinas del borrachón de Felipe? ¡Soy un buen galeoto!

TER. Victoria, abrázame a mí, hijita. Yo soy la única perjudicada en este pleito. Yo soy quien había recobrado su hijo, y ahora pierdo dos. . tres... con el muñeco... con mi nieto. Os iréis pronto todos, lejos, tan lejos...

VIC. (Abrazándola.) ¡Madre! ¡Mamaíta!

FEL. ¡Hala, hala, ya el náufrago os salvó a todos, gracias al vino!

VIC. Sí. ¿Vamos a ver a Carlitos?

TER. Vamos, vamos. (Mutis.)

(Cuando todos se han ido, Felipe, que es el único que se queda, bebe a morro en la botella. Carlos, que vuelve, aparece en el foro y lo ve.)

CARLOS Pero, hombre, ¿qué haces? ¿Para qué bebes ahora, si ya se han ido?

FEL. Sss... Tú te callas. (Mira por las puertas.) Yo me entiendo... bebo... ¡¡Por si vuelven!! (Bebe otra vez. Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras del mismo autor

Vida y amor.—Comedia en dos actos y en prosa, original.

El último de la clase.—Comedia en un acto para un teatro de niños, basada en un cuento italiano de Edmundo de Amicis.

De veraneo.—Comedia en un acto y en prosa, original.

El miedo de los felices.—Drama en tres actos y en prosa, original.

La muñeca del amor.—Zarzuela en tres actos, en prosa y verso, original. Música del maestro Manuel Penella.

El intérprete de Hamlet.—Tragicomedia en cuatro actos, en prosa y un prólogo en verso, original.

Lo que se llevan las horas.—Comedia en tres actos y en prosa, original.

La Princesa está triste.—Comedia en tres actos, en prosa, original.

El grito.—Drama en un acto y dos cuadros, en prosa, original.

Los ausentes.—Comedia en tres actos, en prosa, original.

La canción de Pierrot.—Comedia lírica en un acto y tres cuadros, prosa y verso. Música del maestro Manuel Palacios.

A campo traviesa.—Comedia en tres actos y en prosa, original.

La señorita está loca.—Comedia en tres actos, en prosa y original.

TRADUCCIÓN

La hija de Yorio.—Tragedia pastoril de D'Annunzio, traducción en verso.

NOVELAS

Malos amores.—Un volumen.

Viendo la vida.—Edición del Cuento Semanal.

En carne viva.—Idem íd.

Vórtice de amor.—Un volumen.

La espuma de Afrodita.—Idem.

El tonel de Diógenes.—Idem.

CUENTOS Y NOVELAS CORTAS

Almas de fuego.—Un volumen.

Bajo el árbol del pecado.—Idem.

CRÍTICA Y VIAJES

De un errante.—Un volumen.

POESÍAS

Rimas de sensualidad y ensueño.—Un volumen.

La canción del bohemio y otros poemas.—Un volumen.

Precio: DOS pesetas